

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1874. — TOMO XLIII.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 33. — N° 1,117.

SUMARIO.

Sucesos de España; grabados. — **Don Manuel de la Concha;** grabado. — **Sitio de Bilbao.** — **Revista de París.** — **Consideraciones sobre el trabajo y el proletariado.** — **Exposicion de Bellas Artes en París;** grabados. — **Dos flores ó sea Rosa y María,** por Francisco Galindo. — **Viaje del emperador de Rusia á Inglaterra;** grabados. — **La nueva galería de reptiles en el Jardín de Plantas de París;** grabados. — **La Niña de Oro,** por Julio Nombela. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Medio de preservar las viñas de los efectos de las heladas;** grabado. — **M. Gleyre;** grabado.

Sucesos de España.

Como anunciamos á nuestros lectores, publicamos en este número una serie de dibujos relativos al señalado triunfo que las tropas del gobierno de Madrid alcanzaron sobre las huestes carlistas al frente de Bilbao, victoria que tuvo por resultado el levantamiento del sitio. Ninguna relacion de este importante hecho de armas sería mas propia para dar cabal conocimiento de lo ocurrido que el parte oficial dirigido al ministro de la Guerra, que vamos á insertar íntegro, y dice así :

Ejército de operaciones del Norte.
— *Estado mayor general.* — Excelente señor : En mi anterior comunicacion, fecha 25 de abril, manifesté á V. E. que continuaban los trabajos de atrincheramientos de nuestra línea de Las Carreras; se perfeccionaban los parapetos, traveses y repuestos de las baterías; se municionaban estas, mientras que en los pueblos próximos á Sautoña y Castro se reunían, acantonaban y aprovisionaban las tropas del tercer cuerpo de ejército.

El día 26 de abril estaba todo terminado y en disposicion de romper el movimiento del total del ejército sobre las líneas y posiciones enemigas. En la mañana del 27, y según lo que tenía anteriormente acordado con el marqués del Duero, comandante en jefe del tercer cuerpo, ordenó este general que las dos divisiones primera y segunda, organizadas en Laredo y que ocupaban los cantones de aquel punto, Ampuero y Limpias se pusieran en movimiento con dirección á Otañez, ha-

ciéndolo el cuartel general por mar á Castro. La primera division del tercer cuerpo sostuvo un ligero tiroteo con el enemigo al ocupar las alturas de derecha é izquierda que dominan el pueblo de Otañez, y con pérdida de dos muertos y 11 heridos quedaron ambas divisiones en el pueblo indicado y alturas inmediatas. La tercera division se encontraba, como sabe V. E., en el pueblo de Mioño y sus alrededores.

A las dos de la tarde del 27 me dirigí con el ministro de Marina y mi jefe de Estado mayor general á la posesion de Mira-mar, donde se alojaba el marqués del Duero : tuvimos nuestra última conferencia, y quedó acordado el plan de ataque de las posiciones enemigas y el que debía seguir todo el ejército para

continuar su marcha á Bilbao. En aquella noche se trasladó á Otañez el comandante en jefe del tercer cuerpo, y se dieron las órdenes oportunas á todos para empezar las operaciones al amanecer del 28; pero habiendo recibido un telegrama del comandante militar de Castro avisándome de parte del marqués del Duero que su gran convoy de víveres y municiones llegaba muy tarde á Otañez para empezar el movimiento de avance, suspendí la operacion dejando todo dispuesto para emprender la marcha en el momento que lo hicieran las fuerzas del tercer cuerpo. Debían las divisiones de este romper por derecha é izquierda de la carretera de Otañez á Valmaseda para flanquear y atacar las alturas escabrosas que dominan el paso llamado de las Muñecas, siguiendo por la carretera la reserva del cuerpo de ejército, ayudando y protegiendo con sus fuegos una batería Krupp que marchaba por la misma.

Aquellas difíciles montañas ocupadas por el enemigo tenían aumentadas sus defensas naturales con la apertura de líneas de trinchera, para cuyo ataque llevaban la primera y segunda division 10 piezas de artillería de montaña sistema Plasencia.

Para proteger el ataque de las Muñecas tenía dispuesto un cuerpo de ejército formado con la division de vanguardia (Palacios), la segunda division del segundo cuerpo (Morales de los Rios) y la segunda brigada de la segunda division del primer cuerpo con el general Catalan, mas dos piezas Plasencia y una batería Krupp de cuatro piezas. Este cuerpo, á las órdenes del teniente general Laserna, comandante en jefe del segundo, debía marchar por la carretera de Somorrostro á Sopuerta, flanqueando por la izquierda siguiendo hasta el pueblo de Las Cortes, en la falda de los montes de Galdames; y por la derecha, partiendo de las alturas llamadas de Arenillas y de Peñacorbera, para atacar el monte ocupado por el enemigo que se unía con la cordillera de las Muñecas, debiendo enlazar su ataque con la izquierda del tercer cuerpo y caer con el centro de las fuerzas del general Laserna en el pueblo de Montellano, á la entrada, y dominando el valle de Sopuerta.

Entre tanto las baterías de Las Carreras, las del monte Janco y las que ocupaban á la derecha del frente de Somorrostro las alturas de Memerca y faldas de los montes de Galdames debían romper el fuego sobre las defensas enemigas, ocupando nuestras tropas las trincheras, y siempre dispuestas á avanzar, conforme



Don Manuel de la Concha, marqués del Duero.

á la actitud del enemigo. Mandaba en Las Carreras el teniente general Letona con la primera division (Andía) de su cuerpo de ejército, y cubria las alturas de la derecha la linea de Muzquiz y Poveña, y la de comunicacion con Castro por Mioño y Onton el resto de la segunda division del primer cuerpo y la primera del segundo á las órdenes del general Serrano Acebron. La escuadra con los buques tenia orden de dirigirse al abra de Bilbao para contribuir con sus fuegos al éxito de las operaciones, y aun aprovecharlos por la costa sobre el valle de Ciervana.

Tomadas todas las disposiciones que dejo expuestas, recibí un despacho de Castro anunciándome el general marqués del Duero que iba á empezar el ataque; y oyéndose á poco fuego de cañon y fusileria por la derecha en direccion de las posiciones que debia tomar el tercer cuerpo, ordené que inmediatamente se pusiera en movimiento el del general Laserna, y que la artilleria de mar y tierra rompiera el fuego.

Este fué contestado con el de fusileria desde las trincheras enemigas y con algunos disparos de artilleria lisa de á 12 desde San Pedro de Abanto, y de á ocho centímetros de montaña desde las posiciones atrincheradas delante de Santa Juliana. El fuego se generalizó por una y otra parte, y la division de vanguardia avanzaba por las alturas de la derecha sin encontrar gran resistencia en el enemigo; la division Morales de los Rios á media ladera hácia Montellano sobre las trincheras carlistas; el general Laserna por la carretera y un batallon se dirigia á Las Cortes.

Los carlistas molestaban á nuestras tropas desde lo mas alto de los montes de Galdames y desde el ferro-carril que corre dominando la carretera de Sopena.

Al anochecer el general Palacios ocupó el monte mas dominante, al cual llegó al mismo tiempo que un batallon de la segunda division del tercer cuerpo (Martinez Campos) que llevaba la izquierda del ataque de la Muñecas; Morales de los Rios tomó las trincheras con la brigada Casola, huyendo el enemigo en todas direcciones, y siguió á ocupar el pueblo de Montellano, adonde ya habia enviado dos compañías desde la carretera el general Laserna, quedando tambien ocupado el pueblecillo de Las Cortes.

Entre tanto el tercer cuerpo habia dispuesto su ataque enviando por la derecha de la carretera á Valmaseda á la primera division (Echagüe), y por la izquierda á la segunda, dejando la tercera en Otañez. Roto el fuego, las dos divisiones protegidas por su artilleria atacaron valientemente las alturas y trincheras que fueron muy disputadas por el enemigo; pero nada resistió al arrojo de nuestros bravos, y á las siete de la tarde quedaban coronadas las cumbres de las Muñecas, acampando las tropas y con ellas su comandante en jefe marqués del Duero, que acompañó á la primera division, y que con su ejemplo, acreditado valor y pericia dirigió aquella operacion admirablemente. Cuarenta y cinco muertos y 436 heridos fueron las bajas que tuvo el tercer cuerpo que cogió al enemigo 24 prisioneros. Durante la noche, y habiendo cesado la pelea en toda la linea, se tomaron cuantas providencias eran necesarias para la prosecucion de las operaciones al amanecer del 29. En efecto, al rayar el alba la artilleria rompió el fuego, y el enemigo contestó como en el dia anterior. La division de vanguardia descendió del monte al pueblo de Montellano, quedando un batallon que avanzó de Arenillas en su lugar, y continuando ocupadas Las Cortes y carretera de Somorrostro á Sopena se reunió el resto de las fuerzas del general Laserna en aquel pueblo, esperando el movimiento del tercer cuerpo para continuar el suyo á envolver los montes de Galdames por la entrada del valle de Sopena.

El tercer cuerpo, despues de racionar y municionar sus divisiones, siguió por la carretera de las Muñecas á Sopena, ocupando los pueblos de Mercadillo, Sopena y Carral, adelantando la primera division Echagüe, que con una brigada de la segunda coronó la altura que domina por la izquierda de la carretera de Avellaneda el desfiladero que conduce de Mercadillo á Galdames.

Durante el dia me personé en Montellano, y dispuse que todo se preparara para que al siguiente fueran atacados los montes de Galdames, con cuyo ataque deberia envolverse la izquierda del ejército enemigo, que ocupaba desde monte Luzueso por Montañón y Abanto á Galdames.

Me puse en comunicacion con el marqués del Duero, y envié al ministro de Marina á conferenciar con él para que el tercer cuerpo, siguiendo su movimiento envolverte con mayor radio, viniera á coincidir en el ataque de Galdames por el pueblo de este nombre.

Como durante el dia molestara alguna guerrilla enemiga desde el ferro-carril á la carretera de Somorrostro á Sopena, di orden al general Laserna de que al siguiente comenzara la operacion por apoderarse de las casas que hay en dicho ferro-carril y que ocupan las faldas de los de Galdames en aquella parte; desde la linea férrea hasta la cima tenia el enemigo varias trincheras para defender la empinada y dificultísima subida hasta la cumbre.

El dia 29, por efecto del fuego sostenido en la linea de Las Carreras con el enemigo, tuvimos unas 20 bajas; de estas un alférez de artilleria, un cabo y cuatro artilleros muertos de resultados de la voladura del repuesto de la bateria de á 16 centímetros, en el cual se encontraban aquellos individuos haciendo el recuento de la cartucheria. Por fortuna no hubo que la-

mentar las mayores pérdidas que hubiera costado si aquella explosion se comunicara al repuesto inmediato y proyectiles cargados que en ambos depósitos existian.

En la mañana del 30, y despues de haberse roto el fuego de artilleria y fusileria por ambas partes en toda la linea, me dirigí con el cuartel general á Montellano, y allí encontré al ministro de Marina, que el dia antes pernoctó en Mercadillo con el marqués del Duero.

A mi llegada ya la division de vanguardia se habia tiroteado con el enemigo, que estaba posesionado de las casas del ferro-carril, y que aun la ofendia desde sus trincheras; dispuse la ocupacion de aquellos edificios, y ordené que las tropas todas del general Laserna se preparasen para atacar los montes de Galdames en la altura que llaman de Peña Lampa cuando el tercer cuerpo llegara en su movimiento al pueblo de Galdames, que se encuentra en la falda de la cordillera de su nombre, puesto que aquel cuerpo llevaba el ataque por el centro, prolongando su extrema derecha hasta dominar desde la cordillera de Avellaneda el camino de Güeñes.

En la ocupacion de las casas del ferro-carril tuvo el cuerpo del general Laserna 12 heridos, y una vez dueñas sus tropas de las indicadas casas, suspendí la continuacion del ataque hasta que pudiera ser simultáneo en lo posible con el del tercer cuerpo.

Este emprendió la marcha de Mercadillo á la una de la tarde; como á las cuatro llegó su vanguardia al pueblo de Galdames, de cuyas casas y calles huyó el enemigo sin oponer gran resistencia para ocupar las lineas de trincheras que tenia en el monte por donde se abre el camino que conduce á la cumbre de la cordillera.

La segunda division del tercer cuerpo emprendió el ataque de los montes, que fueron rudamente defendidos por el enemigo; y al notarse el fuego desde Montellano ordené se rompiera el movimiento por las divisiones del general Laserna, haciendolo la de vanguardia por la derecha y la de Morales de los Rios por la izquierda. Al anochecer comenzó este difícil y lento avance, que se hizo con la mayor precision y orden, siendo el enemigo sorprendido en términos de hacer muy poco fuego desde lo mas alto del monte, huyendo al romper los nuestros el suyo y al entusiasta toque de ataque; á las once de la noche el brigadier Blanco con el batallon de cazadores de Puerto-Rico coronaba la posicion, y bien pronto se reunieron en las alturas las dos divisiones, quedando la brigada del general Catalan en reserva á media ladera con una seccion de artilleria de montaña.

El tercer cuerpo por su parte sostuvo un vivísimo fuego con el enemigo, que defendia sus posiciones tenazmente, teniendo por último que ceder sus trincheras, sus peñas, sus desfiladeros uno por uno, llegando los valientes soldados de la libertad á coronar tambien aquella altura próximamente á la misma hora, sufriendo las pérdidas de 43 muertos y 153 heridos, y la division de vanguardia un muerto y unos 20 heridos.

Dueñas nuestras tropas de la cordillera de Galdames, la jornada era completa, pues ya el enemigo quedaba envuelto en sus fortísimos atrincheramientos de dicha cordillera por la parte que desciende al valle de Somorrostro, y su linea de Santa Juliana y San Pedro quedaba tambien tomada de reves al bajar las tropas leales de la cordillera á la Campa de Triano.

Así lo comprendió el enemigo, y aunque no cesó sus fuegos hasta las tres de la madrugada, pues desde el anochecer del 30 lo redobló la artilleria y fusileria sobre Las Carreras y casas de Murrieta, que sufrieron mucho, llegando hasta incendiar algunas del barrio de Pucheta próximas á las que ocupaban las fuerzas avanzadas del primer cuerpo, al fin antes de amanecer se oyó tocar llamada y tropa, observándose movimiento en el campo carlista. Bien pronto nuestros soldados adelantaron sobre San Pedro y Santa Juliana y por la derecha desde las alturas de Las Cortes á las trincheras enemigas, abandonadas precipitadamente por sus tenaces defensores.

En el momento que tuve conocimiento de la retirada del enemigo, ordené que el general Letona hiciera ocupar los reductos de la linea enemiga; que toda la artilleria se dispusiera á enganchar, y que á la una del dia aquel general con su primera division de ocho batallones y la artilleria se pusiese en movimiento para Portugalete, avisando á la escuadra para que acudiese á entrar en la ria de Bilbao: el general Andía debia quedar en la linea de Somorrostro con otros ocho batallones hasta tanto que se trasladasen á Portugalete los grandes repuestos de municiones, pólvora y viveres que teniamos en Somorrostro, y que se retirase por la carretera de Sopena el gran convoy del tercer cuerpo y fuerzas que protegian aquella carretera desde Montellano.

Al amanecer del mismo dia 1º de mayo el general Laserna descendió segun mi orden desde la cima de los montes de Galdames que coronó el 30 hácia la falda de los mismos para envolver las lineas enemigas, y viéndolas abandonadas continuó su marcha á Portugalete, donde entró la division de vanguardia cuando ya algunos buques de nuestra escuadra rompian las cadenas de la embocadura de la ria y entraban en ella; el resto del cuerpo de Laserna se alojó en Setao, San Salvador del Valle y Santurce.

El tercer cuerpo, despues de reunir tambien todas sus fuerzas en la linea de Galdames, que ocupó la no-

che del 30, dispuso la marcha por aquellos desfiladeros en direccion á los montes de Santa Agueda, para lo cual la tercera division coronó las alturas que debian flanquear por la derecha la marcha de todo el cuerpo, y encontrando solo la vanguardia algunas avanzadas enemigas, fueron estas desalojadas con un ligero tiroteo, y nuestras victoriosas tropas del tercer cuerpo quedaron durante la noche en los montes de Santa Agueda, y al amanecer marcharon hácia Baracaldo. A las doce del dia 1º salí de Somorrostro con el cuartel general, y acompañado de un batallon y dos baterias Krupp de á ocho centímetros, me dirigí á Portugalete, donde entré á las dos de la tarde, haciéndolo poco despues las fuerzas del general Letona, la artilleria y el primer convoy de municiones y viveres.

Al anochecer hice pasar dos batallones á ocupar las Arenas en la derecha de la ria de Bilbao. Al siguiente dia 2 de mayo ya amanecido, el enemigo hizo algunos disparos de artilleria desde una bateria que tenia colocada en el monte Aspe, derecha del Nervion, sobre los buques de la escuadra que fondeaban en la ria de Portugalete; contestando con algunos cañonazos del vapor *Ferrolano*, suspendió los suyos la bateria carlista. El fuego sobre la plaza de Bilbao, que durante el dia 1º habia sido muy vivo, desde el amanecer del dia 2 cesó por completo.

Dadas las órdenes para embarcar en la ria y pasar á la orilla derecha á las dos divisiones de vanguardia y Morales de los Rios con el general Laserna y dos baterias Krupp de á ocho centímetros, empezó esta operacion al mismo tiempo que enviaba un ayudante de campo al general marqués del Duero para que tuviéramos una conferencia y acordásemos el ataque simultáneo por ambas márgenes del Nervion sobre las lineas de defensa enemigas y sobre la del cerco de Bilbao.

El ayudante de campo que enviaba encargado de aquella comision se cruzó con otro del marqués del Duero, por el cual me avisaba que algunos voluntarios de la guarnicion de Bilbao se le habian presentado en Baracaldo, anunciándole que los carlistas se retiraban de todas sus posiciones levantando el sitio de la plaza, y que dispuesto con sus tropas el marqués para seguir á Bilbao, esperaba mis órdenes, contesté que sin pérdida de tiempo marchase con el tercer cuerpo á aquella villa, mientras que lo harian por la derecha del rio las tropas que se estaban trasladando, y que un vapor de guerra remontaria la ria para ir limpiando de los obstáculos que en ella pudieran encontrarse.

Dispuse tambien que dos oficiales de Estado mayor y dos de mis ayudantes de campo embarcaran en un vapor de poco calado y marcharan por la ria para felicitar en mi nombre al valiente general Castillo, al pueblo de Bilbao y á su decidida guarnicion y cuerpos auxiliares, verificándolo felizmente, siendo recibidos con aclamaciones por los invictos defensores de la plaza, igualmente que el vapor de guerra *Ferrolano*, que llegaba casi al mismo tiempo, y que la vanguardia del tercer cuerpo que por tierra entraba en la invicta villa.

A las cinco de la tarde embarqué con mi cuartel general en un vapor y me dirigí por la ria á Bilbao, dejando ordenado al general Letona que cuando se restableciera el puente sobre el Galindo, y los de Buceña y Castrejana, marchase con la primera division de su cuerpo de ejército y la artilleria por la izquierda del Nervion á la plaza de Bilbao; mientras que el general Laserna lo verificase con sus divisiones por la derecha pasando el puente de Luchana que ya estaban recomponiendo las compañías de ingenieros que con tal mision enviara desde las primeras horas de la mañana.

A las seis de la tarde hice mi entrada en la invicta villa, siendo recibido por su gobernador militar. Autoridades, pueblo y guarnicion con entusiastas aclamaciones como lo eran todas las fuerzas que durante la noche fueron llegando.

En el dia de hoy, 3, revisté la guarnicion de Bilbao y el batallon de voluntarios auxiliares, recibí las autoridades y oficialidad del tercer cuerpo, conferencié con el capitán general marqués del Duero, á quien correspondia encargarse del mando del ejército del Norte, proponiéndome dejarlo para trasladarme á Madrid, dando al efecto las órdenes oportunas.

A las seis de esta tarde, teniéndolo todo dispuesto, embarqué con mi jefe de Estado mayor general para Portugalete, esperando muy pronto dar á V. E. conocimiento de palabra de cuantos detalles interesar puedan al gobierno de la nacion; pero antes de terminar este escrito, cumpla el gratisimo deber de recomendar á V. E. y al gobierno, tanto á la guarnicion, cuerpos auxiliares y pueblo entero de Bilbao, que han sabido una vez mas hacer invencible aquella villa, como al valiente, sufrido y disciplinado ejército del Norte y á la marina, para los que no ha habido dificultades, sacrificios ni contrariedades que no hayan sabido vencer, haciéndose todos acreedores al reconocimiento de la patria.

Todos han cumplido sus deberes, llegando mas allá de cuanto se podia exigir; y sin embargo, deber me es hacer especial mencion del capitán general del ejército, marqués del Duero, que al mando del tercer cuerpo se ha excedido á si propio con su reconocida ilustracion, actividad, inteligencia y nunca desmentido valor en su ya larga y gloriosa carrera militar; y del mariscal de campo don Ignacio del Castillo, que como gobernador militar de la plaza de Bilbao ha di-

rigido la defensa de aquella villa, que tanto carece de condiciones como plaza de guerra, de una manera admirable y que le hacen digno de la gratitud de la nacion y del gobierno.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general en Bilbao, 3 de mayo de 1874. — Excelentísimo señor. — De orden de S. E., el teniente general, jefe de Estado mayor general, José Lopez Dominguez. — Excelentísimo señor ministro de la Guerra.

(Gaceta, núm. 132.)

Sitio de Bilbao.

5 de mayo de 1874.

Mi carta de anteayer (1), escrita al correr de la pluma y en un momento en que mi espíritu como mi cuerpo estaban poseidos de la agitacion febril propia del fausto suceso que tenia lugar, dió á Vd. ligerísima idea de la afflictiva situacion en que habiamos estado los bilbainos durante cuatro mortales meses. Voy á ver si hoy, mas tranquilo, puedo ir recordando los acontecimientos mas notables del horrible asedio y bárbaro bombardeo de que acabamos de librarnos casi milagrosamente.

Usted recordará que el 29 de diciembre por la mañana fué cuando nos encontramos completamente incomunicados, toda vez que los carlistas habian cerrado la noche anterior la única via de comunicacion que habiamos tenido aun expedita, la ría, en el punto llamado Zorroza, á cuatro kilómetros de Bilbao próximamente.

Tres ó mas cables de alambre arrancados de uno de los ferro-carriles aéreos mineros, otras tantas *guindalesas*, ó sean cordeles de buque muy gruesos y una cadena de eslabones de hierro, atravesados de una á otra orilla, era la barrera que imposibilitaba el libre curso de los buques. En aquella misma noche se hizo un ensayo para ver de cortar el estorbo, valiéndose de la dinamita enviada á bordo de un bote arrastrado desde cierto punto dado por la corriente del agua; pero fracasó el ensayo.

Los primeros dias apenas conociamos diferencia alguna entre la incomunicacion parcial en que nos hallábamos hacia ya algunos meses y la total en que ya nos veíamos. Habíase provisto la plaza de abundantes víveres, y no faltó quien presumiera que eran demasiados cuando se permitia, segun pública voz y fama, ó por lo menos no se impedía con excesivo rigor la salida de algunos de primera necesidad para el interior del país. Pronto, empero, comenzó á conocerse que iban mermando y aun faltando ciertos artículos, y la gente, mas previsora, empezó á hacer acopio de los mas esenciales, como son patatas, que hubo poquísimas desde el primer dia, arroz, garbanzos y alubias.

Los acaparadores empezaron á ocultar sus géneros y el precio subió á mas del cuádruplo en muy pocas horas. Se me olvidó decir á Vd. en mi última, que uno de los artículos que ha contribuido á hacer mas llevadera la estricta igualdad en las comidas, han sido las latas en conserva, de que habia afortunadamente gran provision en la plaza con destino á América. Todos pues hemos comido conservas alimenticias, y sin embargo de que en general han sido buenas, no ofrezca Vd. en mucho tiempo cuando trate de agasajar á un bilbaino nada que huelga á lata, porque, á semejanza del gato *enratonado* que aborrece á los ratones, nos hallamos nosotros *enlatados*.

Mucha era la existencia de harinas que habia; pero, sea la falta de prevision, séase que no fuera lo bastante para tan largo bloqueo, ello es lo cierto que al cabo de dos meses empezó á conocerse ya que iba escaseando, y un mes despues acabó por faltarnos totalmente.

Parecía natural que se hubiera confeccionado una gran porcion de galletas; pero fueron muy pocos los que calcularon tan cuerdate, y sospecho yo que la mayor parte de estos pocos han sido carlistas, que creían de buena fe, no solo en la dificultad, sino en la imposibilidad de que las tropas pudieran romper el cerco, y en la tenaz resistencia de los que habiamos quedado aquí, al grito de ¡viva la villa invicta!

El dia 22 de enero fué de verdadero pánico para los liberales de Bilbao. A primera hora de la mañana susurróse ya la rendicion de Portugaleta, y á la caída de la tarde se supo positivamente tan triste nueva. Esa misma noche tomamos el arma sus amigos políticos de Vd., comprendiendo que habia llegado el instante de que se reunieran todas las fuerzas liberales contra un enemigo que tan pujante se presentaba. Ya dias antes se habia rendido el destacamento de Luchana; pero esto nada nos afectó, porque lo teniamos previsto, como tampoco aumentó en un ápice la zozobra del vecindario la pérdida de la guarnicion del Desierto, porque era la consecuencia lógica tras el funesto acontecimiento de Portugaleta.

Habia pues llegado el momento de la lucha. El cuer-

po de *auxiliares*, compuesto de unas 800 plazas, empezó á hacer un servicio constante, mitad, cuatro compañías, ó sean 400 números, un dia, y los otros 400 al siguiente. Todas las noches se reforzaban con este contingente los fuertes de Mallona, el Parque, San Agustín, plaza de toros y casas de los señores Allende y Zabálburu, al otro lado del rio. Era indispensable esta fatiga cotidiana por los que mas interesados estábamos en la defensa de Bilbao, pues la guarnicion, considerablemente mermada por los destacamentos enviados á Luchana y el Desierto, apenas excedia ya 3,000 hombres, número escasísimo si se considera los puntos que habia que guarnecer. Componíase esta de dos batallones del Rey, uno de Zaragoza, otro de cazadores de Alba de Tormes, dos compañías mermadas de zapadores y artilleros, unos pocos carabineros y guardia civil, 100 movilizados y 400 forales; total, con inclusion del cuerpo de auxiliares, 4,000 hombres próximamente.

Parece inútil decir que los carlistas hacian ya un incesante fuego de fusilería, y que nuestros cañones jugaban dia y noche, tratando de impedir los trabajos preparatorios que se veían hacer para el comienzo del bombardeo.

En el estado de incertidumbre y duda respecto al movimiento emprendido por el general Moriones, continuamos dia tras dia un mes exacto, desde la pérdida de Portugaleta hasta las doce del 21 de febrero. A esa hora, despues de haberse dejado salir de la plaza á todos los extranjeros y prohibiéndose por el marqués de Valdespina que salieran ni mujeres, ni ancianos, ni niños, comenzó el inicuo bombardeo de que no hay ejemplo en la historia, pues descartadas todas las interrupciones habidas, ha durado mas de cuarenta dias.

En el momento de comenzar el ataque á la poblacion se contestó desde las baterías de la poblacion con diez y siete disparos de cañón á un tiempo. Era un espectáculo horriblemente hermoso oír casi simultáneamente el ruido que hacian veinte y cinco cañones de grueso calibre, mientras se confundían como un coro infernal los disparos de la fusilería, el crujir de los edificios, el horrible estampido de la bomba al estallar y el silbido, mas aterrador si cabe, del proyectil, puesto que se halla pendiente de un hilo la vida del que lo oye.

En pocos momentos la poblacion de Bilbao se encerró en tan estrechos limites, que puede asegurarse sin exageracion alguna que las 20,000 almas que, inclusa la guarnicion, constituían por entonces el vecindario todo de la villa, cupo en una quinta parte de terreno. Todo el mundo bajó á las bodegas, sótanos, almacenes y pisos bajos. Las bombas atravesaban dos ó tres pisos, y muy pronto se tuvo ya la seguridad de que, salvo excepciones muy contadas, nunca excedia de aquel limite. Empero no bastaba cubrir la cabeza; era necesario tambien resguardarse de los flancos, pues por la posicion en que se hallaban colocadas las baterías enemigas, los proyectiles entraban por los balcones y huecos de las fachadas, y no pocas veces ha sucedido que se han metido directamente en los mismos pisos bajos. Parecía, empero, segun un dicho oportunísimo de un amigo mio, que las bombas lanzadas por el brazo del demonio, iban guiadas por la mano de la Providencia. Yo no referiré á Vd. todos los acontecimientos verdaderamente milagrosos que han tenido lugar á consecuencia de ese bárbaro, cruel y sanguinario bombardeo. Bastará que le cuente uno que casi lo he presenciado, puesto que estuve con las protagonistas un minuto despues del suceso. Hallándose, en un momento de intervalo, dos muchachas de servicio de un amigo mio planchando en un piso segundo, empezó nuevamente el bombardeo, dando la casualidad de que una de las primeras bombas lanzadas cayera tan exactamente en medio de las dos mujeres, como que se colocó en el cesto de la ropa á cuyo alrededor estaban. El temor enervó las fuerzas de ambas, y quedaron blancas como las camisas que tenían delante, mirando, puede decirse así, en aquella bomba á la guadaña de la muerte que se cernía sobre sus cabezas. Dios hizo que no pasara de un susto mayúsculo lo que debió ser el último suceso para aquellas infelices, pues despues de uno ó dos minutos de una ansiedad horrible, apagóse la espoleta, y quedó el negro proyectil campeando gallardamente sobre la blanca ropa. Un ciento, mas aun, de hechos por este estilo podria dar á Vd. á conocer sin mas datos que mi frágil memoria, pero me desviaria del objeto de esta carta y bástame consignar que, si no todas, la mayor parte de estas y otras anécdotas constan en los periódicos de la localidad el *Iruac-bat* y la *Guerra*.

Séase que las señoras y mujeres viesan en estos hechos el dedo de Dios, que así las protegía y amparaba á los suyos, sea que herido su amor propio por haberlas considerado el marqués de Valdespina tan débiles y cobardes que pidiesen misericordia, influyendo con sus deudos y amigos para una capitulacion pronta, todo ese sexo á quien llamamos débil hizose tan fuerte y valiente, que él ha sido el primer defensor y sostenedor del noble titulo de invicta de la villa de Bilbao; ellas, las mujeres, han sido las que han reanimado el espíritu de aquellos que empezaba á flaquear, paseándose por las calles en los momentos en que se oía el estampido del mortero, con el mismo paso regular y pequeño con que acostumbran hacerlo en épocas de tranquilidad y paz octaviana. Suprimieronse las mantillas por artículo de lujo ó de estorbo, como quedaron suprimidos los sombreros de los hombres para

encasquetarse la gorra auxiliar, muy cómoda por señas para invierno, pero que afortunadamente hemos podido dejarla al empezar los calores, pues sería insostenible con ellos.

La noche mas horrible de las cuarenta y tantas de bombardeo, pues el dichoso marqués no distinguía el sol de las tinieblas para bombardear suavemente, segun expresion suya, la noche, digo, mas terrible de todas fué la del 25 de febrero. Arrojárannos muy cerca de 300 bombas en menos de diez horas, y aun cuando ya con posterioridad, y sobre todo los dos últimos dias, han excedido en igual tiempo de ese número, como por entonces no nos hallábamos aun completamente familiarizados con el ruido y destrozos que causaban aquellos proyectiles, uníase á esto el que los ánimos se hallaban preocupados, pues habia llegado, aunque confusamente, la nueva de la rota de Moriones. Y mas que todo y sobre todo, habíase levantado un viento huracanado tan espantosamente fuerte, que lo que las bombas no hacian lo hacia él, derribando tejas, puertas y paredes, y ayudando eficazmente á que las bombas al estallar propagaran con la destruccion el incendio y la muerte. Era horrible escuchar un ruido incesante, sin interrupcion, que no parecia sino que se hundía el abismo, segun el movimiento de trepidacion que se sentía en las casas, el confuso correr de los bomberos, el toque de fuego de las campanas y los gritos de los que tenían la desgracia de que reventara cerca el proyectil de cuatro arrobas. El bueno del marqués trató de aprovecharse de los elementos, que parecían estar en contra nuestra, é hizo un esfuerzo *suave* á fin de achicharrarnos, esperando ¡pobre crédulo! que ó convertía á Bilbao en un monton de cenizas, ú, olvidándonos nosotros por un momento de la sangre que corría por nuestras venas, íbamos á pedirle misericordia y perdon.

Despues del ensayo hecho esa terrible noche por el caballero marqués de Valdespina, el bombardeo de Bilbao no se justifica de ninguna manera. Antes pudo haber la duda, para los que no nos conocieran, de si 600 bombas, como creyó el pobre don Cástor Andéchaga, bastarian á intimidarnos; despues de habernos lanzado mas del doble, cuando el enemigo sabia por las mil confidencias que de Bilbao tenia, que eran lo mismo 1,000 que 10,000 si el objeto que se habian propuesto era la rendicion de la plaza, debió haberse suspendido tan bárbaro atentado contra un pueblo indefenso, y dirigirse á los fuertes, á las trincheras, á donde se les esperaba arma al brazo por la guarnicion y auxiliares. Empero preciso es confesar, pues los hechos lo justifican, que ante todo y sobre todo, el objeto del bombardeo era dar un espectáculo al país que poco menos que en masa se agolpó á los montes vecinos, en coches, caballerías, á pié, de romería en fin. Tal era el delirio, la fruicion con que se deseaba ver arder á Bilbao, que hubo pueblo de Vizcaya en que se anunció á son de tambor ese espectáculo, advirtiéndole que se apresurase el público á presenciarlo, porque muy luego seria tarde. Y vinieron mas de cinco leguas á la redonda los... no, no, no quiero decir quiénes vinieron á la cabeza de mujeres, niños y ancianos, porque estimo yo en mucho mas que ellos la grande, la primera institucion que esos desgraciados profanan.

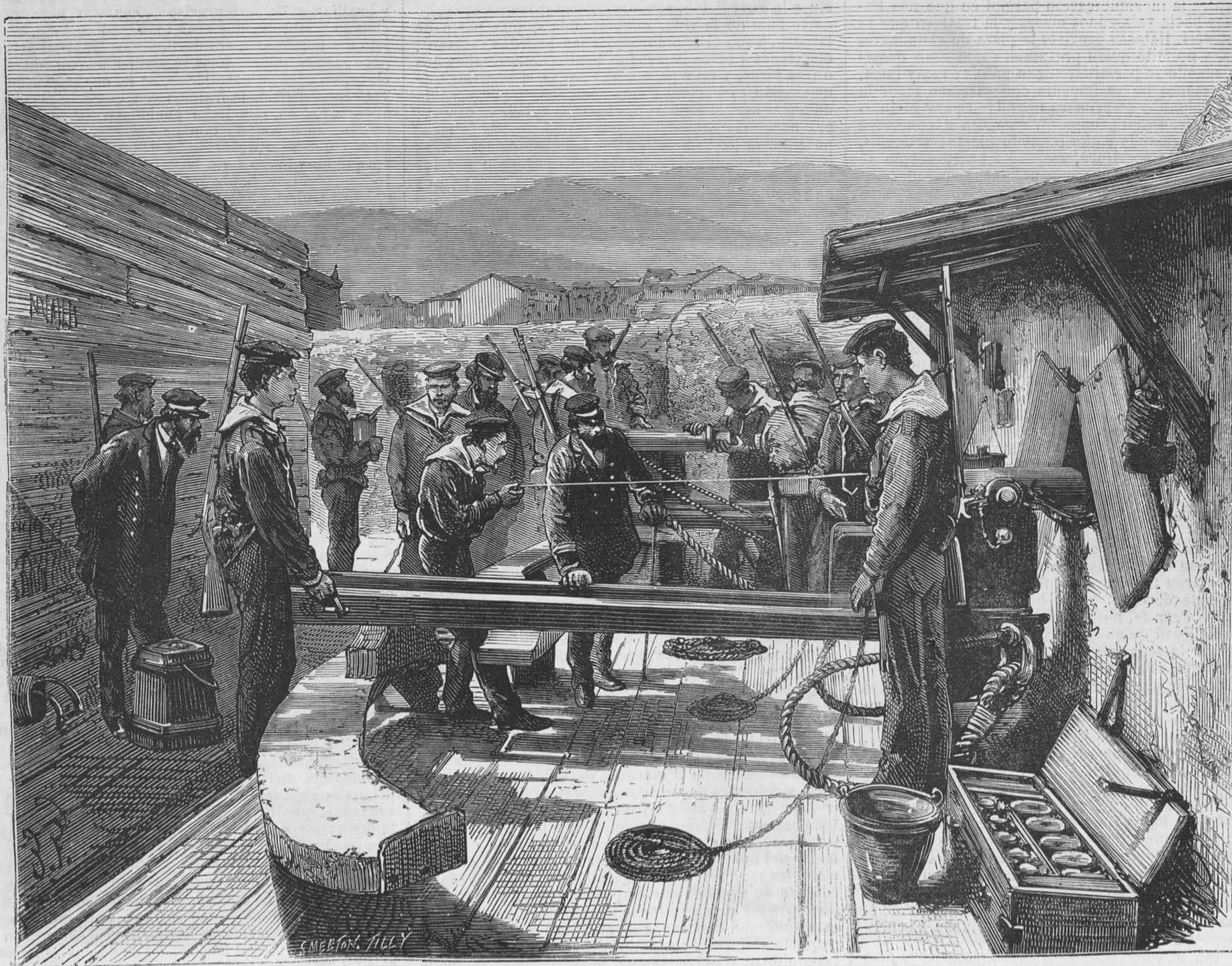
Pero el bombardeo seguia y seguia cada vez con mas ahinco, iban faltando las provisiones y crecia notablemente el número de defunciones diarias. Nada sabiamos del ejército liberador. Decíase con referencia á origen carlista, que el duque de la Torre se hallaba al frente de la expedicion, y esto hizo buenísimo efecto en la poblacion, pues presumian con fundamento que no querria quedar desairado en la lucha emprendida. Contaban el fusilamiento de algunos confidentes nuestros, y veíase indubablemente un extremado rigor en las avanzadas y filas carlistas, á fin de que no llegara noticia alguna favorable á nuestra causa, pues solo cuando podian comunicarnos algun hecho que sirviera á desmayar nuestro ánimo, tenían cuidado de hacérselo saber de cualquier modo. El digno marqués tenia cuidado de enviar de vez en cuando, aprovechándose de esos momentos en que cundía por Bilbao alguna noticia favorable á los carlistas, mandaba, digo, un parlamentario exigiendo la rendicion, pero la contestacion de nuestro general y Junta de defensa no se hacia esperar; clara y sencilla, era siempre un no rotundo, y hasta llegó á decirsele por el primero, que antes de que pretendiera tal cosa, debería atacar á los fuertes, abrir brecha, apagar nuestros fuegos y tomar par asalto las baterías, que mientras estas se conservasen ilesas y los combatientes no tuviesen bajas notables, no podia pensar el caballero marqués en la rendicion ni en nada que se le pareciera. No obstante, este señor volvía á intimar creyendo intimidarnos, y hasta Dorregaray hizo un ensayo diplomático dirigiéndose en particular á dos de los primeros alcaldes de Bilbao. ¡Inútil tarea! Pero la verdad es que iba ayudada por el incesante tirar de la fusilería y cañonazo y por el rigurosísimo bloqueo que se observaba alrededor de la plaza.

El 16 de marzo se recibió por fin una comunicacion del general Serrano, fechada el 10 en Somorrostro, en la que participaba que estaba reforzando el ejército y que en breve vendría á salvarnos. Pasó empero un mes y nada mas supimos hasta el 15 de abril, en la que el general Lopez Dominguez pudo enviarnos otro aviso ó parte, fechada el 9, anunciándonos el movimiento envolvente que estaba disponiéndose por el general marqués del Duero, y la esperanza de que muy

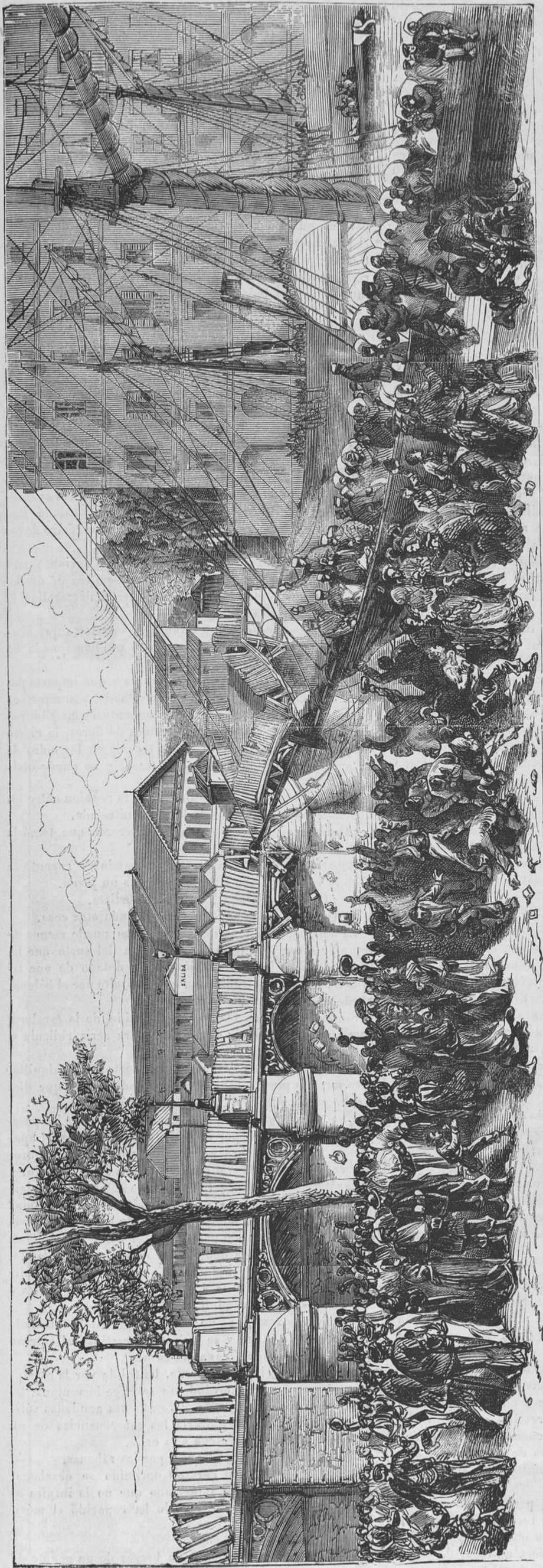
(1) Se refiere á una carta en que anuncia brevemente el triunfo del ejército liberal.



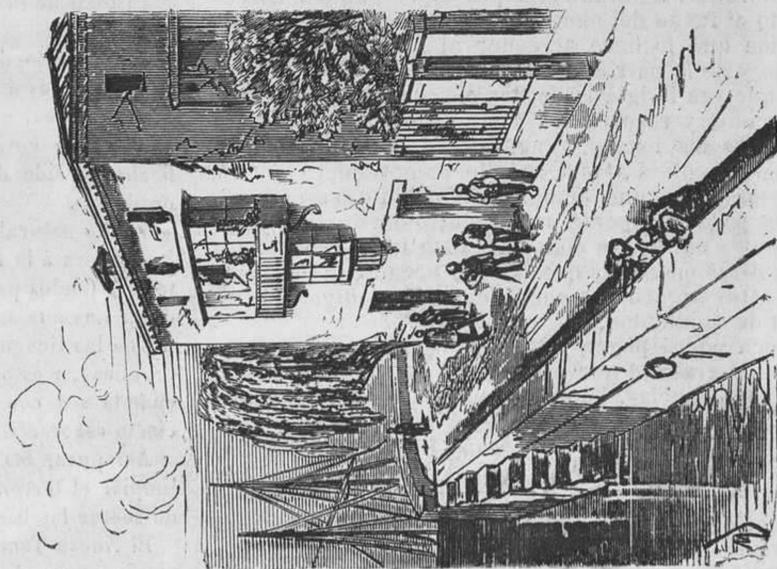
SUCESOS DE ESPAÑA. — DEFENSA DE BILBAO. — La batería del Diente.



Batería de marina en el Nervion.



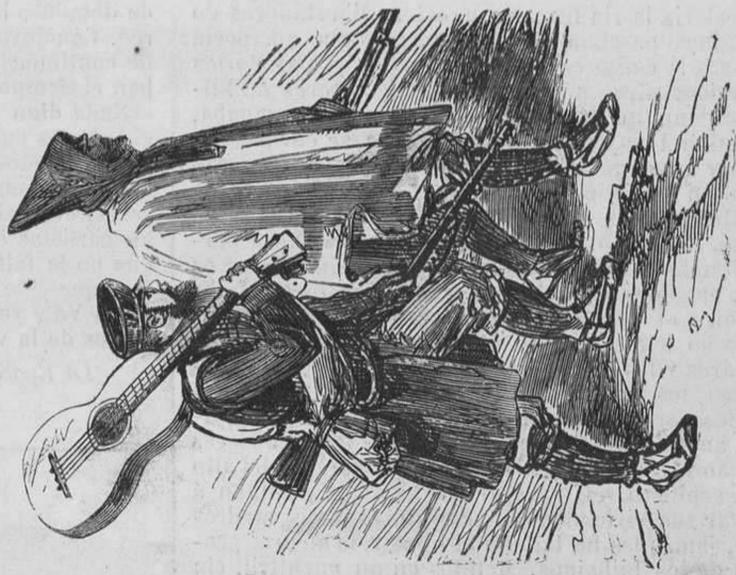
Desembarque del primer buque cargado de víveres, despues de levantado el sitio.



Casa que sirvió de cuartel general á Don Carlos.



DEFENSA DE BILBAO. — Mujeres trabajando en las trincheras.



Soldado español en campaña.

luego estaría la ría franca y nuestros libertadores en Bilbao. Pero pasaban días, y cada uno que amanecía valía para la causa carlista lo que diez ó mas de los trascurridos. Gran número de los defensores de Bilbao era gente que vivía al día del jornal que ganaba, y que faltándole ya hacia algún tiempo, se encontraba sin tener pan que dar á sus hijos. El ayuntamiento dispuso en los últimos días que se diera ración de arroz y alubia á los auxiliares que lo pidieran y á sus familias. Alguno alivio era esto, pero no bastaba; porque faltando el primer alimento de los niños, que es el pan, era de temer que por grande que fuera la abnegación y el valor de aquellos padres, les faltara algún día no lejano quizás, vencidos por los ruegos de las madres y los llantos de sus hijos. Pero lejos de suceder así, los auxiliares han ido siempre á los fuertes animados por los patrióticos vivas de mujeres y niños; y aunque muchos, muchísimos de los defensores de Bilbao no cenaran aquella noche, y aunque del alto de una aspillera veían lanzar las bombas que iban á destrozar sus viviendas ó matar quizás á sus madres é hijos, jamás les ha faltado el humor, la alegría proverbial de los bilbaínos. Metidos en un cuchitril, sin otra cama que una manta, ni mas almohada que la cartuchera con 30 cartuchos de Remington, dormía el auxiliar como pudiera hacerlo en un colchon de muelles. Y cuando no dormía ó estaba libre de servicio, entreteníase en componer coplas, que si no eran modelo de versificación, tenían en cambio la buena intención de reanimar el espíritu público, cantándolas al siguiente día con acompañamiento de orquesta por las calles de Bilbao.

Esto que parece una nimiedad, y que no faltó quien lo criticara, porque temía la revancha, dado que entrarán los carlistas, esas canciones, repito, arrojadas al rostro del enemigo en los momentos mismos en que se hallaba mas pujante y mas seguro de su próximo triunfo, no eran, no, un alarde de valor, sino una verdadera bandera negra de los que estaban resueltos á morir mil veces antes de pensar siquiera en rendirse.

No me entretendré en referir á Vd. las paparruchas que se contaban todas las tardes al caer el sol respecto al movimiento hecho de frente, á la izquierda ó á la derecha por el ejército libertador. Había gentes que lo habían visto merced á unos anteojos especiales, que eran su imaginación y buen deseo. Ello es que todos nos desojábamos mirando á un monte lejano que, para distinguirlo de otros mas puntiagudos que á los lados se hallaban, dimos en llamarle la meseta. Usted no puede figurarse qué de disputas, qué de apuestas, qué de riñas, qué de esperanzas y qué de ilusiones ha costado y ha defraudado la famosa meseta, que últimamente hemos sabido era el monte Jañeo. Así hemos vivido cuatro mortales meses, siempre esperando que el siguiente día amaneciera mas risueño que el pasado. Y á propósito de días, preciso es que consigne por lo notable, que en los ciento veinte y seis días de bloqueo no ha llovido apenas los veinte y seis del pico.

Raro era el día que no se oyera algún disparo de cañon en estos últimos treinta ó mas días, que nos indicaba la presencia de nuestros libertadores. Aun cuando no los hubiéramos oído, no podíamos dudar de que así fuera; pero por mucha que fuera la seguridad de que mas pronto ó mas tarde llegaríamos á darnos la mano, la situación era ya tan extrema en la plaza sitiada, y tantos y tan distintos los enemigos á quienes teníamos que combatir, que era temible un fracaso de prolongarse mucho esta situación. Para el caso improbable, pero no imposible, de una derrota del ejército del Norte, se trataba ya por los auxiliares de hacer una salida, forzar las líneas enemigas por el punto mas débil, y ganar, si era posible, Vitoria. Aun cuando creo que nada se había dicho aun de esto á los jefes de la guarnición, es bien seguro que no nos hubieran abandonado todos, é indudable que el cuerpo de forales en masa se hubiera puesto á la vanguardia de la expedición antes de sucumbir, ó mejor dicho, de rendirse al conjunto de fuerzas que los carlistas podían ya disponer para lanzarlas sobre la plaza como una avalancha. Y aquí me ocurre hacer mención especial de ese cuerpo que, apenas creado, ha dado pruebas de valor, disciplina y energía dignas de veteranos. Colocado siempre en el punto mas expuesto al fuego del enemigo, ha sostenido una lucha titánica que le hace acreedor al reconocimiento de Bilbao y de la patria toda.

El que vea la iglesia de Begoña, cuya torre ha desaparecido, y recorra los puntos en que se hallaban colocadas las baterías enemigas destinadas única y exclusivamente á atacar aquello, comprenderá que los defensores de aquel templo han debido ser muy valientes para sostenerse un día y otro día durante ciento, contra un ataque constante y sin tregua. No sé las balas rasas enemigas que habrán pegado en la torre, pero estoy seguro que poco de cortó si digo que no bajan de quinientas.

Nunca podrá pagar Bilbao al cuerpo de forales la deuda de gratitud que para con él ha contraído en estas circunstancias. Como coronación de los servicios prestados durante el sitio, apenas apareció á la vista el ejército libertador, se apresuró á hacer una salida, apoderándose de los tres cañones enemigos que tan temazmente habían disparado contra ellos. Los carlistas, que acostumbraban gritar desde sus baterías, que salieramos á batirnos con ellos, no tuvieron á bien esperar á los primeros que les dieron gusto.

Me temo que el deseo de querer dar á Vd. multitud

de detalles, haga que esta carta llegue tarde al correo. Concluyo por hoy, aun cuando con el propósito de continuarla, si ocupaciones perentorias no me roban el tiempo.

Nada digo á Vd. de las excursiones que están haciendo los cuerpos que entraron hace dos días, y de los resultados satisfactorios de ellas, trayéndonos remesas de bombas, granadas, balas rasas, pólvora, víveres, etc., abandonados en los campos y caminos por los carlistas en su vergonzosa huida, porque supongo que no le faltará en este un corresponsal que valga mas que este pobre diablo. Mas por si no se lo dijéran á Vd., yo le daré la noticia de la salida de Don Carlos de la villa de Durango.

(La Época.)

X.

Revista de Paris.

Así como la Bolsa marca los grados de altura á que se encuentra el crédito del país, puede decirse que del mismo modo el palacio de ventas públicas, conocido con el nombre de Hotel Drouot, es el termómetro que nos señala las vicisitudes particulares, la eterna fluctuación de alza y baja á que parece hallarse sometido todo hombre. Cuando se trata de un individuo ignorado, que lleva á la almoneda voluntariamente ó por autoridad de justicia el resto de su haber, representado á veces por cuatro muebles de un valor insignificante, nadie fija su atención en este accidente tan comun, que se repite con tanta frecuencia; pero en otras ocasiones salen á la escena nombres conocidos, se trata de celebridades en las letras, las ciencias y las artes, y aquí cambia el cuadro, el interés se hace general, y el personaje en evidencia suministra á la crónica abundante pasto.

Días pasados fué M. Guizot quien tuvo que deshacerse de un cuadro notable por satisfacer una deuda, que el acreedor, si puede llamarse así, rechazó enérgicamente, sin que hasta ahora la justicia haya decidido si M. Guizot tiene derecho á exigir que se reciba la suma dada á su hijo en las circunstancias conocidas ya de nuestros lectores.

El martes último hubo una venta de objetos pertenecientes á otra celebridad del mundo artístico. Nos referimos al estatuario Carpeaux, que desde hace algun tiempo se halla en el establecimiento municipal de sanidad, llamado Casa Dubois, donde han acabado su vida tantos hombres notables del mundo contemporáneo.

La mayor parte de las obras de M. Carpeaux, se vendieron el martes en almoneda pública y alcanzaron precios regulares, sin ser exorbitantes. Había mármoles, bronce y tierras cocidas, y el total de la venta de esta colección llegó á 34,402 francos.

En la misma semana hubo también otra subasta que se creía llamaría altamente la atención de los aficionados.

Era la biblioteca de M. Leon Curmer, el famoso editor que para las obras de gran lujo no conoció rivales.

Su biblioteca, que hacia la admiración de bibliófilos y artistas, se componía de setecientos diez y siete artículos, entre ellos veinte y siete manuscritos.

Punto menos que imposible seria detallar las preciosidades que contenía esta colección, única en el mundo; y así es que señalaremos solo el devocionario de Ana de Bretaña, fiel reproducción del manuscrito original que existe en el Museo.

Este único ejemplar habia costado de hacer 45,000 francos, y era un tomo en folio, en pergamino, con cuarenta y nueve miniaturas y mas de trescientas orlas de oro y colores.

Ahora bien, esta preciosidad incomparable, se adjudicó por 16,000 francos: se conoce que si los aficionados eran muchos, los capitalistas eran pocos.

El total de la venta de la primera serie produjo 77,000 francos.

El proyecto de la fundación de un Teatro Moral, de que hablamos á nuestros lectores cuando M. Paul Feval inició la idea, quiere hacer camino. Se ha organizado un comité que entiende en el asunto, y lo primero que ha hecho ha sido dedicarse á refutar cuantas objeciones se producen.

Era lo natural, porque estas objeciones perjudican sobremanera á la formación de la Sociedad que debe aprontar los fondos para llevar á cabo esa empresa moralizadora. Los que se complacen en la realización del proyecto, no las tienen todas consigo en cuanto á sus resultados prácticos, y esto de exponer billetes de mil francos, aun cuando sea con tan laudable propósito, no deja de dar cierto escozorillo.

Así pues, los propagadores del pensamiento quieren limpiar el terreno donde se han de recoger fondos, antes de sentar las bases materiales de su obra filantrópica.

El Nuevo Teatro, nos dicen, no será un lugar de penitencia como algunos suponen, sino de distracción y recreo para todos; lejos de excluir de él el elemento cómi-

co, se buscará y se hallará, porque cabe en el programa, y hay autores decididos que entrarán muy gustosos en esta nueva vía.

Profundizando el punto principal de la cuestión, que es la de la reforma del teatro, dice este escrito:

« No se trata de reformar el arte de un modo general. No se quiere mas que lo posible; y á los que han tratado este asunto en diversos diarios, respondemos del modo siguiente: Todos los artículos á que nos referimos han confundido en el proyecto del Teatro Nuevo, el objeto inmediato, esto es, el proyecto en sí, con la influencia mas ó menos lejana, mas ó menos extensa que podrá resultar un día de la realización actual de la obra. Hoy por hoy se trata lisa y llanamente de crear un teatro nuevo para un público que creemos suficientemente numeroso, el cual desea como todo el mundo ir al teatro por pasatiempo; pero sin el temor de tener que oír ó ver cosas repugnantes, perniciosas, indecentes, demasiado libres ó inmorales para toda persona recatada y honesta. »

Vemos pues, que el comité organizador no abandona en lo mas mínimo el programa trazado por M. Paul Feval en su discurso. Es una empresa teatral que no tiene mas que la moralidad pública por objetivo.

Nuestras ideas en punto al teatro contemporáneo son bien conocidas, y el nuevo proyecto corresponde perfectamente á la reforma que deseáramos ver adoptada por todos los autores: así es que no necesitamos decir lo mucho que celebraríamos que no fuese infructuosa la tentativa.

En punto á las novedades de la semana, tenemos en primer lugar una opereta en un acto, libretto de los señores Cremieux y E. Blum, música de Offenbach, titulado *Bagatelle*, que ha merecido el mejor éxito en el teatro de los Bufos parisienses.

Tres personajes principales figuran en la acción, y para esto el tercero es insignificante, aunque no sea de desdeñar completamente, porque contribuye á desarrollar la parte cómica de la pieza.

La protagonista es una cantante de concierto que acaba de pasar un mal rato delante del público que la ha aplaudido siempre.

Por efecto de una intriga cualquiera y que importa poco al argumento, *Bagatelle* ha sido silbada, y aunque seguidamente obtuvo satisfacción y sus entusiastas admiradores cubrieron el tablado de ramos de flores, lo cierto es que el infernal silbido penetra todavía en los oídos de la artista cuando se retira á su casa, y no puede olvidarle.

Un hombre se distinguió mucho en la reunión entre los que salieron á la defensa de la jóven ultrajada.

¿Quién seria aquel adorador caballeresco que tomó la iniciativa del triunfo improvisado?

Bagatelle se hace esta pregunta, cuando de repente se abre la ventana de su cuarto y aparece un jóven.

— ¿Qué quereis aquí? exclama la artista.

— Quiero vuestra amistad, no pretendo otra cosa.

La amistad solicitada de tal modo no puede menos de infundir sospechas. *Bagatelle*, repuesta del susto que ha llevado, indica la puerta al jóven, que dotado de una timidez bastante contradictoria con su asalto por el balcon, obedece, aunque de mala gana.

Sin embargo, una vez en el descansillo de la escalera, comienza á reflexionar que su aventura seria ridícula si concluyera de un modo semejante.

— No, no me arrojarán de aquí como á un chiquillo, dice nuestro personaje, que cuenta nada menos que diez y ocho años cumplidos.

Y sobre este propósito vuelve al cuarto, cierra las puertas, arroja las llaves por la ventana, se instala en el aposento y toma la palabra para contar sus hazañas amorosas, con toda la desenvoltura de un Don Juan Tenorio.

Bagatelle le escucha y le contempla como petrificada.

— ¿Pero ante todo, pregunta, puedo saber quién sois?

— Sí, por cierto, me llamo Jorge de Planteville y poseo una fortuna que me permite hacer calaveradas.

— Muy bien; ahora que sé con quién estoy hablando, os diré, M. Jorge de Planteville, que si no quereis salir por buenas de aquí, vais á salir por malas. La puerta ó el balcon, elegid el camino que mas os agrade.

No hay mas remedio que ceder: *Bagatelle* ha tomado un látigo en la mano y se dispone á castigar al intruso con toda la severidad digna del caso.

A todo esto se ha hecho tarde. La salida por la escalera puede ser causa de escándalo y se elige la ventana, facilitando la bajada con un par de sábanas anudadas sólidamente: *Bagatelle* deploraría las consecuencias de un salto limpio desde su balcon á la calle.

Con efecto, el jóven se desliza por las sábanas.

Bagatelle suspira, su corazón oprimido se desahoga, viéndose libre de aquel importuno que no la inspira ni afecto, ni siquiera interés, cuando ha conocido el móvil de su entusiasmo.

Corto tiempo dura su gozo.

Jorge cayó de las sábanas en brazos de un agente de policía, y acompañado por él, se hace abrir la puerta y penetra de nuevo en el cuarto.

La policía no permite que la gente salga así á las altas horas de la noche por la ventana.

El enredo se complica.

Jorge debe permanecer allí hasta la mañana siguiente, y por lo tanto, preciso es resignarse.

¿Qué hacer para pasar las horas? Dormir no parece fácil; cantar, es bastante ruidoso y podría estorbarlo el mismo agente de policía: lo mejor es hablar, y así se podrá entrar en explicaciones.

Ahora bien, como estas explicaciones son satisfactorias, es decir, como Jorge ofrece su fortuna con su mano á la mujer de quien esta enamorado perdidamente por su talento y por su gracia, Bagatelle cambia de sentimiento y se decide á querer á su futuro esposo.

Puede decirse que no hay mas que una situacion en esta fábula; pero ofrece tanto campo á los incidentes cómicos que no cansa un instante.

Offenbach es en esta opereta el compositor de siempre. Las piezas de música son escasas; pero todas ellas tienen ese corte ligero y sencillo que se hace comprensible á la primera audicion, privilegio exclusivo de las melodías inspiradas.

Madama Judic hace de protagonista, con su gracia de costumbre, y seguramente el papel de Bagatelle será una de sus mejores creaciones. El público aplaude con justicia su talento de actriz y de cantante. Madama Grivot, disfrazada de Jorge Planteville, no se halla á esa misma altura; pero en suma, no desmerece tanto que perjudique al feliz éxito de la opereta, el cual ha sido grande.

Otra novedad hemos tenido esta semana y es una obra póstuma de Paul de Kock, *el Amante de la luna*, drama en cinco actos, representado en el Ambigu.

Parece ser que el célebre novelista dejó escrito este drama que no dió al teatro, no sabemos por qué, sin duda por aquel desaliento que se apoderó de Paul de Kock en los últimos años de su existencia.

A decir verdad, tenia razon para estar desalentado. Sus compatriotas le habian condenado al mas injusto desden, y si alguien leia alguna de sus obras, era en las clases populares. Las que se llaman ilustradas, menospreciaban soberanamente aquella literatura vulgar, donde no entraba en juego otra parte del mundo que la que componen las grisetas y los estudiantes, los tenderos y los parisienses de los arrabales.

Sus fiestas en Saint-Cloud y en Romainville, sus partidas de campo, sus banquetes á la sombra de las lilas, la alegría de la salida, la tristeza de la vuelta y sus pereances, el aguacero que cae de repente, la falta de coches, los atascos en el camino convertido en lodazal, todo esto pudo interesar á la generacion que no conoció el romanticismo y vivia, como si dijéramos á la pata la llana, llamando pan al pan y vino al vino; pero que se interese del mismo modo por tales cuadros la sociedad tan refinada y culta que sucedió á la de aquel Paris primitivo, es muy diferente: lejos de interesarse tiene á menos el pronunciar el nombre de un autor que ha dejado á la posteridad pinturas semejantes.

Bajo este concepto, Paul de Kock pasó en el olvido mas completo los últimos dias de su vida, y en tanto que sus obras eran traducidas en todas las lenguas y se leen aun y se leerán durante largo tiempo, Francia las condenaba al desprecio mas injusto. ¡Triste recompensa de una existencia laboriosa!

Y decimos injusto, porque lo creemos firmemente. Paul de Kock no es un autor inmoral y es constantemente entretenido y jocoso. Quizás sus chascarrillos se aventuran á veces demasiado en lo picaresco; pero nunca hay mala intencion, el veneno, si le pudiera haber, no pasa de la epidermis. Su alegría es de buena ley, y en ella no falta el talento de observacion, sin el cual no hay verdad en la novela, sea cual fuere su género.

De tiempo en tiempo se abandonaba á la tragedia; y justamente *el Amante de la luna* pertenece á esta serie de composiciones que no reflejan, á nuestro modo de ver, el verdadero carácter literario de Paul de Kock. *El Amante de la luna* se dió á luz en una época en que ya la griseta y el estudiante dejaban de estar en moda, en 1847.

No cabe duda que en los diez tomos de esta intrincada novela existe un argumento de drama, ó de melodrama, por decir mejor; pero es una intriga cándida é infantil, en medio de sus exageradas pretensiones de emocion y espanto. Aquí y acullá se ven intercaladas algunas escenas cómicas, en las que se reconoce á Paul de Kock: sin embargo, como no constituyen el elemento principal, no salvan el drama.

Es sensible para la memoria del autor que *el Amante de la luna*, reducido á drama, no haya permanecido en el escondite en que lo guardó su autor, en vez de salir al teatro donde no esperábamos por cierto semejante obra póstuma.

La ejecucion no ofrece nada notable.

M. A. Bouvier ha escrito un prólogo en loor de Paul de Kock, que fué aplaudido por la concurrencia popular que constituye el público ordinario del melodrama.

MARIANO URRABIETA.

Consideraciones

SOBRE EL TRABAJO Y EL PROLETARIADO.

(Conclusion. — Véase el número 1,413.)

V.

Ahora sobreviene otra cuestion importante, estrechamente unida con lo que de expresar acabamos: la legitimidad del interés del capital. La voluntaria prestación de un capital á quien lo ha menester, es un servicio indudable: el premio de este servicio es el interés. Contra lo cual se dice: convenidos en que el capital es el producto del trabajo acumulado por el ahorro; pero trabajo anterior acumulado, por trabajo del presente, debe cambiarse á la par: lo mismo vale el trabajo de ayer que el trabajo de hoy. Si el capitalista puede almacenar el trabajo sobrante, aun representado por los productos mas corruptibles, es convirtiéndolo en moneda; y la moneda es una creacion de la colectividad social, que no tiene valor sino por la aceptacion y garantia que le ofrecemos todos. Este medio, la moneda, único de acumular el capital sin pérdidas, se lo da de balde toda la sociedad al capitalista: luego este debe prestar de balde tambien su capital al nuevo trabajo que de él haya menester.

A esto puede contestarse:

La moneda tiene por sí misma valor intrínseco, casi igual al que representa: no es en las naciones civilizadas ficticio ni arbitrario. El capital y el trabajo concurren ambos á la produccion; luego debe haber ganancia, ó pago de su concurso, para ambos. El trabajo de cien hombres, reunidos en un dia, da resultado muy superior y vence obstáculos infinitamente mayores que el de un hombre en cien dias. Un hombre solo no mueve un peñasco de cien quintales ni en un dia, ni en ciento, ni en mil: los esfuerzos de toda su vida empleados en remover tal obstáculo para una empresa fecunda, como la excavacion de un canal, el desmonte de un ferro-carril, no darian otro fruto que la estéril consuncion de su existencia absorbida en la sima insaciable de un imposible. Si llegan cien hombres aisladamente y en dias sucesivos, sus esfuerzos se sumarán en el propio abismo. Pero si el capital compra herramientas, alquila medios de transporte, prepara subsistencias, organiza grupos á la voz de escogidos capataces, y todos ellos al mando de inteligente ingeniero, con cien hombres en un solo dia, ó en menos, se vence y remueve el antes insuperable obstáculo, enemigo inmóvil de la poblacion y bienestar de una region entera. Pues esa multiplicacion del trabajo condensado de muchos, que no suma los esfuerzos de cada uno, sino que los multiplica y eleva á una gran potencia, ese excedente de productos que Leroux, en el iracundo é irreflexivo lenguaje demagógico, dice *se roba* á los trabajadores, son cabalmente debidos á la ciencia y al capital, que hacen posible y fecunda la acumulacion en un dia del trabajo de cien hombres.

A lo sumo á que podria aspirarse en esta materia de la relacion del capital con el trabajo, es á establecer la libertad del crédito y el empleo de papel de cambio, ó papel moneda, entre los individuos de una asociacion determinada; mas con estos valores artificiales habria los mismos obstáculos que con la moneda para el trabajador, y otros muchos mayores. Se darian esos bonos á quien tuviese crédito para merecerlos: le tendrian los asociados, si existia un fondo positivo de riqueza, la cual ellos representasen; y además, no estando el papel de cambio enlazado con el crédito general y la moneda de la sociedad, no daria el resultado de la representacion completa de la universalidad de valores que ha menester la vida. Lo que en este punto creemos que puede dar ayuda segura á la morigeracion de costumbres, al socorro de la ancianidad y de las enfermedades de los trabajadores, son las sólidas y sencillas instituciones de prevision ó cajas de ahorros, que es dable formar por medio de la asociacion. España las ha tenido para los agricultores en forma de *pósitos*. Su sólida sencillez, en mal hora malograda, les ha dado la duracion de siglos; y son ejemplo y estímulo á otras instituciones análogas para las diversas industrias. Barcelona y Madrid ofrecen tambien el modelo de dos excelentes cajas de ahorros, unidas (como es necesario) á sus respectivos Montes de piedad.

Resulta entre tanto que el interés del capital es legítimo, y que al apreciar su cuantia debe dejarse tambien al mútuo interés y al libre contrato, pues solo en este puede estimarse con acierto la importancia del servicio que el capital ó el trabajo en cada caso rinden.

Los conflictos, creados por los obreros del trabajo corporal en sus colisiones con las demás clases de la sociedad, y sobre todo con los capitalistas y empresarios, son fruto de varias causas, ya señaladas y no desmentidas. La privacion de algunos goces, á que el ejemplo del lujo incita, la ignorancia de las verdaderas armonías sociales, la envidia indiscreta á los exteriormente afortunados, las pasiones en suma, perdido el freno de los sentimientos cristianos y la com-

pensacion y calma de los goces morales; y además la instigacion sagaz de los agitadores políticos, que buscan su palanca de trastornos, para lograr ambiciosos cambios ó satisfacer venganzas dañinas, hé ahí los móviles que de una parte dan al problema económico-social el tinte funesto de odiosa guerra con que le hemos visto reaparecer en nuestro siglo: por otro lado, de notar son tambien, segun dijimos, y de censurar al mismo tiempo, los defectos que han solido y suelen extraviar á varios especuladores en las empresas del trabajo. Si es leccion ó advertencia la que Dios envia con las terribles agitaciones contemporáneas, para señalar el desnivel moral que en muchas de las citadas empresas se observa, la postergacion de los caros intereses del corazon y del espíritu, la ausencia de las reglas severas de la moral y de la doctrina y prácticas elevadas y consoladoras de la religion, que la leccion se aprenda y la advertencia no se olvide.

Mas todos los indicados defectos no arguyen contra ningun sistema ni organizacion del trabajo: son abusos humanos que pueden hallarse en todos.

Ya hemos dicho la solucion que la humana ciencia hoy alcanza en las cuestiones económicas y sociales del trabajo. Lo demás lo hará la moral de la civilizacion, la moral cristiana, que enseña á aceptar los sufrimientos con alegría, y eleva y vigoriza con ellos al espíritu, dándole la fuerza inmensa de la abnegacion y el merecimiento. Y lo que todavia falte lo hará tambien la caridad, protectora de todos los infortunios.

Si al abrigo de tal organizacion del trabajo, no ficticia y mecánica, sino natural y espontáneamente nacida de las entrañas de la sociedad, los obreros mas útiles y meritorios van ascendiendo á ser propietarios, primero de los frutos de su trabajo, y luego de las demás formas de propiedad que en la sociedad existan, esta propiedad, mantenida por leyes justas en la mano honrada que la adquirió, la fomenta y la trasmite, será un nuevo punto de apoyo para el mantenimiento reciproco del orden y prosperidad de las naciones.

No se nos oculta, ni abrigamos el intento de disimular, que el pauperismo socialista, que invade en épocas determinadas á los pueblos, indica y revela á veces una llaga social en la educacion de las generaciones y en la distribucion del trabajo y sus productos. Pero el estudio serio y concienzudo de esta cuestion especial llevarianos lejos del propósito y límites del escrito presente.

Hay en nuestros dias gran progreso material y científico: acabamos de reconocerlo y demostrarlo. Pero no corresponde á estos progresos el moral y religioso. Y es preciso no olvidarlo; á mayores y mas potentes medios de obrar, es indispensable y muy urgente, que acompañen, claro sentido moral, sublime y elevado sentimiento religioso. El gigante, si no tiene freno, aplasta de una puñada lo que el niño no logra estremecer.

Forzoso es, pues, nivelar la vida de la humanidad. Es imposible que la materia camine sin ser guiada por el espíritu, entonado y rejuvenecido en sus eternos orígenes de vigor é inspiracion.

Lanzad por valles y montañas el poderoso monstruo del siglo, la locomotora de que antes hablábamos, exhalando grandes rugidos y nubes de espeso aliento que sobre ella se doblen en su carrera, y arrastrando en pos de sí esos largos trenes, colosales serpientes con férreas articulaciones y prolongados anillos henchidos con la riqueza de provincias y regiones. Suprimid los hilos nerviosos y las corrientes eléctricas del telégrafo, que van anunciando y disponiendo por delante del monstruo, en qué estacion ha de suspender su marcha, en cuál ha de verificarse el cruzamiento de una línea trasversal, en dónde ha de esperar su nueva carga ó dejar una porcion de la que lleva, ó apartarse para no estorbar á la marcha inversa y rápida de otro coloso igualmente activo; el resultado entonces serán los funestos choques, aciagos descarrilamientos, desastres horribles, catástrofes clamorosas, derrumbamientos y desolaciones.

Pues esos trenes sin telégrafo, esas locomotoras sin ley ni guia, son como los intereses materiales sin las corrientes fijas del espíritu, sin nobles sentimientos, sin puras adhesiones, sin voluntario freno, sin caridad, sin fe humana ni divina, sin moral, sin religion. No hay que esperar de ellos, si se estancan, mas que la putridez y el fermento: si caminan, la conflagracion, el estallido y la espantosa ruina.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

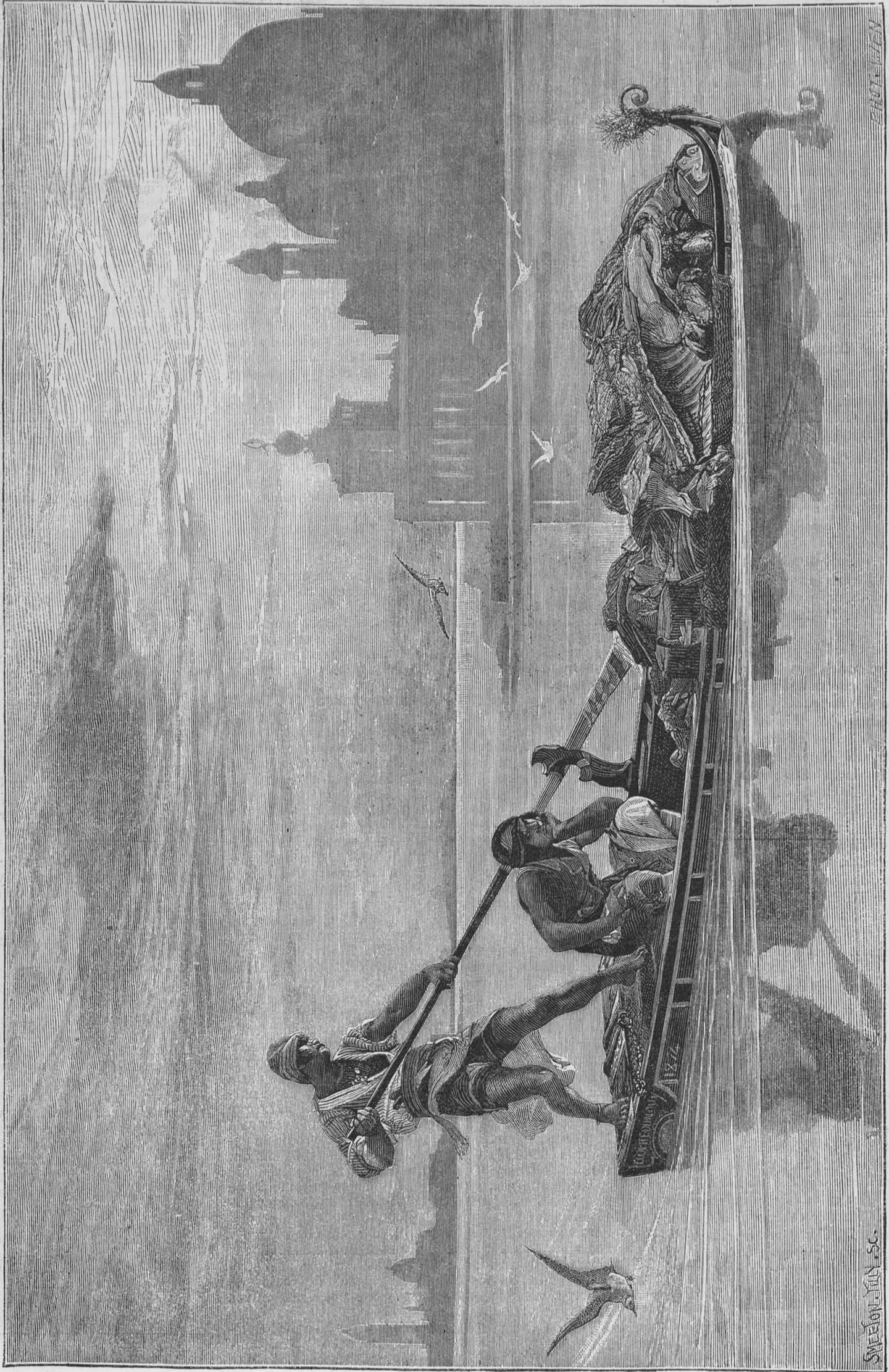
(Defensa de la Sociedad.)

Exposicion de Bellas Artes en Paris.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

Los carniceros de Venecia, por M. Lecomte du Nouy. — Fiestas resplandecientes de luz y ruido, y góndolas discretas que se deslizan silenciosamente por la superficie de las aguas, dando abrigo á parejas invisibles, hé ahí lo que estamos acostumbrados á encontrar en las pinturas relativas á Venecia. M. Lecomte

EXPOSICION DE 1874



LOS CARNICEROS DE VENEZIA, por M. Lecomte du Nouy.

PHOT. BEYEN

SUPPLON-TUN-SC.



LA VENDEDORA DE PALOMOS, por M. Bouchard.

du Nouy, que es ante todo un artista original, nos representa hoy un rasgo episódico de la vida veneciana. La góndola no es mas que una modesta barca que apenas con su proa encorvada nos recuerda su origen, cargada de carne fresca para el consumo de la ciudad. Hasta los gondoleros han perdido su aspecto legendario para cambiarse en dos mozos carniceros, cuyos vestidos están manchados de sangre. A lo lejos, en la bruma, se distinguen las líneas de la ciudad romántica, destacándose en ella la majestuosa cúpula de Santa Maria della Salute.

Debemos advertir que el artista no ha exagerado el contraste; al contrario, ha tenido cuidado de atenuar la crudeza de tonos de la sangre, y su cuadro es exacto, sin que por eso le falte gracia.

La vendedora de palomos, por M. Bouchard. — La pintura de género, tan bien representada en las exposiciones de los últimos años, es mas brillante aun en el de 1874: abundan en ella preciosas composiciones, la mayor parte de ellas pintadas con mucho talento.

El cuadro de M. Bouchard, que reproducimos, merece ser citado por sus cualidades de graciosa sencillez y de suave y melancólica expresión. ¿En qué está pensando la pobre joven? ¿Piensa en sus amores, ó la preocupan las tristezas de su vida muy corta aun, y sin embargo, llena de amarguras?

No se sabe; pero lo cierto es, que en toda su persona se nota un aire de pensativa languidez y de tierna resignación. Los visitantes se detienen ante esa imagen de la vida de cada día, que el pintor ha sabido engalanar con todo el prestigio del arte.

DOS FLORES

ó SEA

ROSA Y MARIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

FRANCISCO GALINDO.

(Conclusion.)

MARÍA.

No ofendas á ese Ser inescrutable;
No olvides que hay quien en tu honor confia.

ANTONIO.

Muy bien, mujer, yo viviré si es dable
Vivir perdido el corazón, María.

MARÍA.

Nada comun entre los dos humano
Debe ya haber en el prosáico suelo,
Sino este sentimiento soberano
Que une las almas en celeste anhelo.
Voy á cumplir con un deber sagrado;
Cumple con tu deber y con tu honor:
Ya todo entre los dos está acabado;
¡Acabó mi ilusión, murió mi amor!
Voy á traer tu anillo.

(Aparte.)

¡Oh! cruel combate;

Mas recio aun será dentro de poco...

(Vase.)

ANTONIO, aparte.

¿Quién resistir podrá el duro embate
De las pasiones sin volverse loco?

ESCENA IV.

ANTONIO, SOLO.

Ya no hay remedio: del cáliz
De la mundana amargura
La gota postrer apura
Mi cansado corazón.
Adios placeres en mi alma,
Harta ya de sufrimiento,
Insensible al sentimiento,
Ya no hay posible emoción.
¡Oh! estancia solitaria,
Testigo de mis amores,
¿Dónde se fueron mis flores,

Mis deleites, mi placer?

(Asomándose á la puerta.)

Árboles que habeis visto
Mis deliquios celestiales,
¡Insensibles á mis males
Habreis vosotros de ser?
Como un Adán desterrado
Mis ojos vuelvo indeciso
Al hermoso paraíso
De los sueños de mi amor;
Y una fiebre me consume
Y en llanto amargo me anego
Al ver la espada de fuego
Del ángel de mi dolor.
¡Oh! corazón desgraciado,
¿Cómo lates todavía?
Arroja la imagen fria
De mis ensueños de ayer.
¿Este es del hombre el destino:
Llorar y despues sufrir
Y hórrido infierno sentir
Despues de dulce placer?
Dios se complace en el llanto
Y al descórrer la cortina
Nos hace ver luz divina
Para apagarla con hiel.
¡Cielos que yo he adorado,
Me abandonais cuando lidio
Y me dejais el suicidio
Que maldecirlo sabeis!

(Va á sentarse en una silla que estará junto á la mesa. Ve una carta abierta, le llama la atención, la toma y lee en silencio, y luego levantándose frenético, la arroja sobre la mesa.)

Por fin, infierno maldito,
¿Cuándo acabarás tu obra?...
Trágame, que ya me sobra
Este convulso latir.

(Viendo el péndulo de la rinconera.)

Por Dios, ¡oh! tiempo inhumano,
Deten ya tu vuelo impío...
¡No tengo fuerzas, Dios mio,
Para llegar... y vivir!...

(Corre y para el péndulo, dando una carcajada.)

Que llegue ahora
Maldita hora.

(Deteniéndose la cabeza y como saliendo de un vértigo de locura.)

¿Que es esto, Dios mio? El juicio
Vacila en mi mente incierta...
Pero á ser hombre no acierta
El que no lucha... ¡Valor!
¡María!

(Llamándola. Toma la carta.)

¡Papel terrible!

Y cuyo poder alcanza
A borrar de la esperanza
La huella en el corazón!

ESCENA V.

ANTONIO Y MARÍA.

MARÍA.

¿Recuerdas la noche hermosa
En que mi labio inocente
Pronunció el voto ferviente
De amor, de infinito amor?
Cuando llena de ternura

(Enseñándole la sortija.)

Esto anudó nuestro lazo
Y en el fuego de un abrazo
Sentí crecer mi pasión?
Esta sortija que es tuya,
Pedazo del alma mia,
La luz encendió del día
En mi lúgubre razón.

(Poniendo la sortija en el índice de la mano derecha de Antonio.)

Hoy la devuelvo, ¡qué triste!
Cuando acabado el encanto,
De fuego brota mi llanto
Calcinando el corazón.

(Llora.)

Vete... ¡No!... Pronto ya lejos
De tí, mi Antonio querido,

Será mi vida un quejido
De la lira del dolor.

ANTONIO.

¡Feliz quien llora, quien riega
Con lágrimas inocentes
De las pasiones hirvientes
El cráter abrasador!
Mas yo de naturaleza
Un hijo espúreo y maldito,
Desprendido aerolito
De la esfera del amor,
¿Qué alivio podré encontrar
A esta llama que devora,
Si cada día, cada hora
Se centuplica el dolor;
Si tú, mujer, tú, mi vida,
A quien he amado tanto,
En vez de enjugar mi llanto
Te vas y me dejás, dí?
Perdí los sueños de gloria
Que mi pecho alimentaba;
Pero una sombra quedaba
De la dicha que perdí,
Y esa sombra que eres tú,
¿Me la arrebatas, María?

(Dándole la carta.)

MARÍA, tomándola.

Es mi deber: partiría
Aunque espirara.

ANTONIO.

¡Oh! ven...

(Se abrazan y permanecen así algunos instantes.)

Recibe el último abrazo,
Y al recibirlo, querida,
El alma, mi ser, mi vida
Recibe con él, mujer.

MARÍA, llorando.

Sé feliz; allá del claustro
Entre la sombra de olvido
Al orar, enternecido,
Mi corazón pedirá:
Que seas feliz con ella,
Y que olvidando á María,
Vuelva á luciros el día
De santa felicidad;
Mas cuando al lado de Rosa
Contemples la luna triste
Acordaos ¡ay! que existe
Desgraciada esta mujer.

ANTONIO.

Por Dios, María... ¡oh!... calla...

(Estrechándola con fuerza.)

Rebalsa el cáliz amargo...

¡Ay!... el eterno letargo...

(Ruido de caballos dentro; María se suelta y se asoma á la puerta del fondo.)

MARÍA.

Es Alberto, sí, él es.

(Vase á recibirle.)

ESCENA VI.

ANTONIO, SOLO.

(Un momento de silencio durante el cual Antonio permanece con la cabeza sobre el pecho como agobiado por el dolor.)

Alberto dijo... ¡Corazón cobarde!...
¡Cielos, piedad!... yo soy un pobre humano,
Víctima del honor de que hago alarde;
Mas ya hay remedio en mi temblante mano...
¡Alberto!... ¡ay!... ¡Alberto, maldito nombre!...
¡Honor... virtud... amor!... ¡que me la quitan,
Deten, deten, María!... ese hombre...
¡Flores de ayer que ahora se marchitan!...
El tiempo vuela: eternidad sombría
Veo ante mi vista desplegada...
Deten, deten, mujer... ¡mujer amada!
Ven á mis brazos, cándida María...

(Frenético.)

No huyas, perjura, que un desierto
Me dejás en la vida de dolores...

Yo te odio, ¡oh, rival! ¡oh, cruel Alberto!...
Vete, mujer, murieron mis amores...
Huye, que tu labio mentiroso
No emponzoñe mi vida de placeres...
¡Oh!... vete con tu amante : venturoso
Iré yo en pos de célicas mujeres.
Este aire de fuego que respiro
En el valle bellissimo y sombrío...
Y allí la eternidad, ¡oh! dueño mío,
Que yo diera por solo un tu suspiro...

(Corre hácia el reloj y le agarra el péndulo con ambas manos. Una carcajada.)

Pero no, no se va, que aprisionado
El tiempo entre mis manos está ahora...
¡Nada se mueve!... ¡silencio! que la hora
No llega del instante malhadado.
Todo es silencio, soledad... callando
El mundo no respira y esa bella
Nercida de ojos negros me está hablando
En las algas del mar, que aquí se estrella,
Y me sonríe, y en su tierno canto
Ella me habla de amores desdichados;
El velo del querub tiene por manto...
Y me extiende sus brazos torneados...
Y allá en el horizonte el tiempo vuela
Huyendo de mi mano. Y esas voces
Parecen de otro mundo los adioses,
Diciendo que la muerte es quien consuela...

(Deja el reloj sobre la mesa.)

¡Molid, morid! gritando en la montaña
Van los ecos volando doloridos...
¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡Patraña!
Retumba en la tormenta á mis oídos.
Y allá al otro lado de la fosa
Me llama con sus cantos celestiales,
Y esa turba de arcángeles hermosa
La llaman entre todos los mortales.
¡Moriste para mí! La tumba fría
Esconde tu belleza encantadora...
Allá al Oriente... al sonreír la aurora
Yo seré Dios... y tú... la diosa mía...
Abre los brazos y levanta el velo
De las vírgenes castas del Señor...
Adios, ¡oh, tierra!... ¡Me dirijo al cielo!...

(Una carcajada. Se aplica á los labios el boton de la sortija.)

Ya nadie, nadie impedirá mi amor...
(Se deja caer en la silla de junto á la mesa, en la que apoya los codos y pone la cabeza entre las manos.)

ESCENA VII.

ANTONIO, ALBERTO Y MARÍA.

MARÍA, á Alberto, entrando.

¿Y no me darás siquiera
Algunas horas?

ALBERTO.

Hermana,
Tres dias te concediera;
Mas pronto á volver forzado
Estoy á esta hora mañana,
Que á tanto fuerza la honra
Y obligacion del soldado.
Y siempre á ella yo fiel
A las tres he de marchar,
Mañana al amanecer
Estaré en la capital
Y á las doce en el cuartel.

(Viendo á Antonio.)

¿Mas quién es?

MARÍA.

Un desdichado;
Respeto su gran dolor.

ANTONIO, aparte.

¡Bello es volar á su lado
En las alas del amor!

ALBERTO, á María.

De volver á tu convento
Tienes ya resolucion...

MARÍA.

Es mi único pensamiento

Completar mi educacion :
Contigo no puedo estar...
Siempre en peligro te miro...
Es mejor, pues, estudiar
Mientras pides tu retiro.
Ahora dice el alma mia
Su adios con dolor profundo...

ALBERTO.

Pronto volverás, María.

MARÍA, aparte.

Yo no he de volver al mundo.

ESCENA VIII.

DICHOS Y CÁRLOS, LLEVANDO UNA CARTA Y UN LEGAJO DE PAPELES.

CÁRLOS, á María.

Esta carta tiene usted.

(Dásela. A Alberto.)

Bien venido, don Alberto.

(Alberto contesta con una inclinacion de cabeza.)

MARÍA.

La letra de Rosa es...

(Temblando.)

Mas á leerla no acierto.

(Un momento de silencio; María rompe el nema y reponiéndose lee.)

« Desde el confin de la mundana vida
» Vuelvo á vosotros mis cansados ojos,
» ¡Oh, Antonio! ¡oh, mi amor! ¡oh, tú, querida
» Amiga mia, á quien rodeé de abrojos!

(Al oír su nombre, Antonio, como haciendo un esfuerzo, levanta lentamente la cabeza, dando á ver su palidez mortal, y luego cae en la misma postura que antes.)

» Voy á morir para el bullicio humano;
» Sed felices vosotros que os amais;
» La dicha para mí es humo vano;
» Seguidlo ¡ay! los que aun creyendo estais.
» En vano yo libé cual mariposa
» Las flores del placer que tanto amaba;
» En vez de miel sutil y deliciosa
» Solo ponzoña el corazon hallaba.
» ¡Y la apuré! y al fin entristecida
» Quemarse ví de la ilusion el velo
» Y en el desierto del dolor perdida,
» Solo responde á mi clamor el cielo.
» El vínculo postrero en que me unia
» A la tierra perdió mi corazon;
» Aquel hijo que tanto yo queria
» En su aurora el ocaso le ocultó.
» Al Dios clemente en holocausto santo
» Voy á ofrecer ahora mi existencia;
» Para él serán las penas de mi llanto
» Y de mi amor la delicada esencia.
» Olvídame por Dios, Antonio amado,
» Que mi nombre no amargue tu placer;
» Tan solo piensa que mi amor cuitado
» La senda abrió del cielo á esta mujer.
» Lúgubre suena el son de la campana
» Que anuncia ya mi funeral sagrado.
» ¡Adios, mi amor, mi libertad! Mañana
» Será de Dios mi pecho enamorado.
» Pero al tomar el sacrosanto velo
» De las castas esposas del Señor,
» Quizás ofenda en mi agonía al cielo,
» Dando un suspiro de inocente amor.
» Yo por vosotros rogaré constante
» En mi celda del triste monasterio;
» Allí la amiga enseñará á la amante
» De la virtud el santo ministerio.

» Suena el reloj la hora señalada...
» ¡Adios, Antonio, cándida María!...
» Vuelvo al altar... estoy ya resignada
» ¡Son mis flores de ayer ceniza fría!»

(María da un grito de dolor. Un momento de silencio.)

CÁRLOS, conmovido, á María.

Entrego estos papeles que me ha enviado;
Quizá doblarán el sentimiento...

(Le da el legajo de papeles.)

Es á favor de usted el testamento
De la amiga rival que ha profesado.

(María tomando los papeles, se dirige á Antonio, manifestando en el semblante una mezcla de placer y de dolor.)

MARÍA.

Ya tuya puedo ser, Antonio mio...
Ven á mis brazos... Nuestra dicha ahora
Ya nada turbará. El cielo pio
Con su luz hermosa, el horizonte dora;
Plantemos de la dicha el árbol santo,
Que fructifique en nuestro casto amor,
Y aunque regado con amargo llanto,
Lo bañará un lampo del Señor.
Desgarra ya el velo de tristeza
Con que tu rostro habias encubierto.

(Acercándose y tocándole, como admirada de su mudéz.)

¡Antonio, Antonio!... alza la cabeza...

(Le sacude con fuerza y le levanta la cabeza.)

¡Mirame!... ¡no respira!... ¡ay! ¡está muerto!

CAE EL TELON.

San Salvador, 24 de julio de 1872:

Viaje del emperador de Rusia

A INGLATERRA.

Damos en este número dos grabados relativos al viaje que el emperador de Rusia ha hecho á Inglaterra, representando, el primero de ellos, una de las etapas del viaje, su llegada á Amsterdam el 12 de mayo á las doce del dia. El rey Guillermo y el príncipe de Orange esperaban al czar en la estación del ferrocarril rhiniano. El rey y el czar se abrazaron repetidas veces.

No obstante la lluvia, el czar, el rey, el príncipe de Orange y el príncipe Gortschakow, fueron en carretela descubierta al palacio, donde flotaba la bandera rusa.

El emperador de Rusia se embarcó el 13 en Flesinga, á bordo del yacht imperial; pero el buque zozobró á su salida del puerto, y el emperador de Rusia tomó la direccion de Douvres en vez de la de Gravesend.

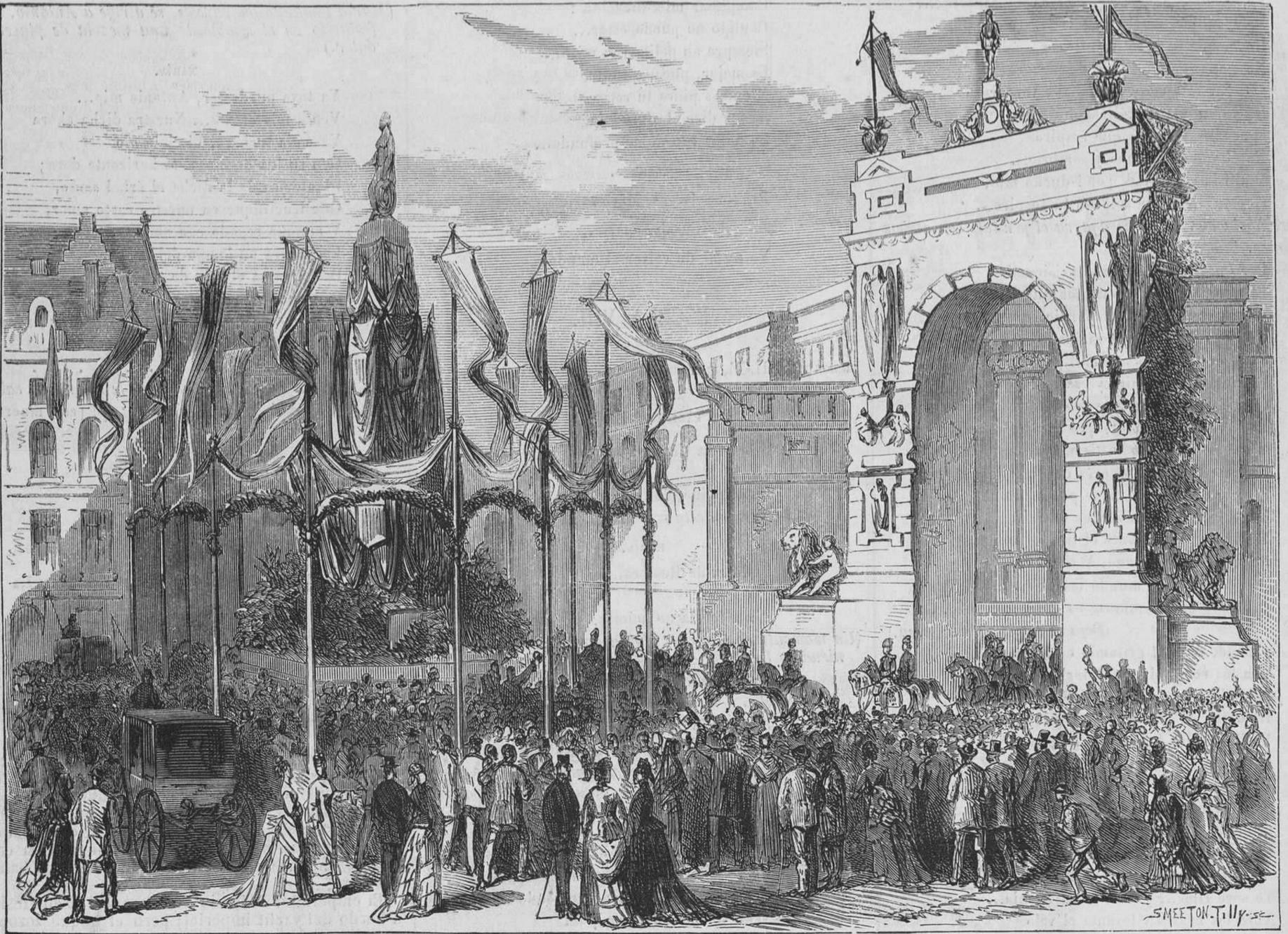
Conmueve la pintura que hacen los diarios ingleses de la escena en que se abrazaron en el muelle de Douvres el emperador Alejandro y su hija querida, la duquesa de Edimburgo. Esta, en situacion interesante, habia pasado momentos de alarma teniendo embarcados á su padre y esposo en el mismo vapor, del que nada sabia durante el dia 13. Entre los hurras del pueblo, entrelazados sus brazos, permanecieron algunos momentos. Al fin empezó el desembarque. Los uniformes rusos son espléndidos : sobre el del czar lucia la órden de la Jarretiera, y en el pecho de su hijo, el príncipe Alejo, la cruz de la órden inglesa del Baño. Entre las ochenta personas que componen el brillante séquito del czar, el almirante Papuff y el general conde de Adelsberg llamaban la atencion. Todos los príncipes ingleses, el de Galles, Alfredo, Arturo, el duque de Cambridge, el príncipe Cristian, el marqués de Lorne, esposo de la princesa Luisa, el príncipe Leopoldo y los altos dignatarios y generales que la reina habia designado para acompañar al czar, lucian la gran cruz rusa de San Andrés.

En el tránsito de Douvres á Windsor, el tren imperial tuvo que detenerse muchas veces para que el czar y el gran duque Alejo se mostrasen á los millares de almas que habia en las estaciones de Waterloo y otras. Eran ya las diez de la noche cuando los augustos huéspedes llegaron á Windsor, iluminado y lleno de banderas inglesas y rusas. La municipalidad estaba allí, y el discurso del lord corregidor recordó los dias en que los ejércitos moscovitas y británicos lucharon juntos por la independencia de Europa.

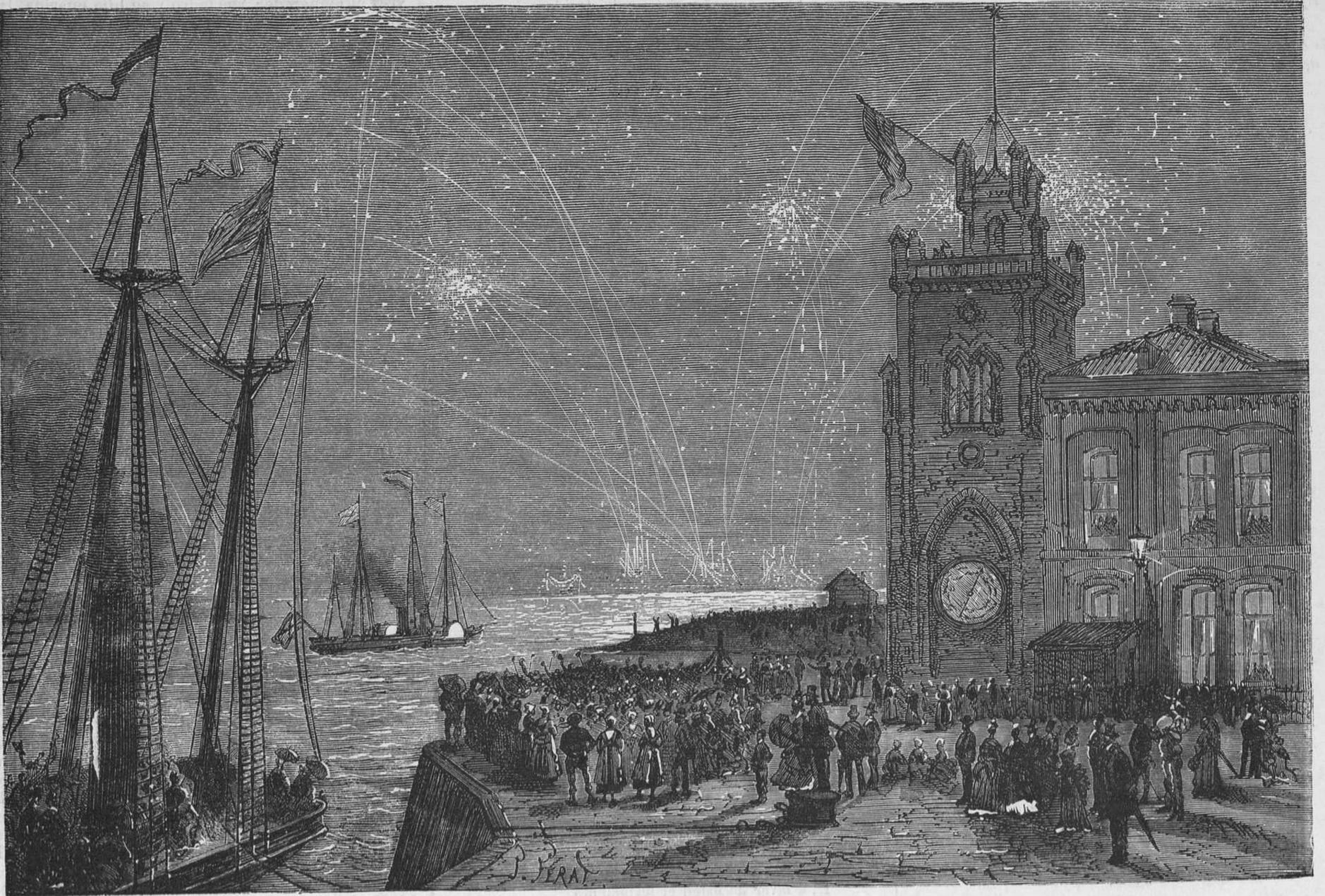
La reina, con la princesa Beatriz, que se dice prometida al hijo del czar, esperaban á este en la escalera del castillo, cuya torre estaba iluminada.

Al siguiente dia, Alejandro II, sabiendo cuánto complaceria esto á la reina, hizo su primera visita al sepulcro del príncipe Alberto en el parque y á su capilla, la de Wolsey, en el bello templo de San Jorge, cuyas antigüedades, rica libreria y capitulo de la órden de la Jarretiera le enseñó el dean. Despues toda la familia real en carrozas ó á caballo visitó las casas de labranza de la reina, el encantado parque y el lago de Virginia, rival por lo pintoresco de los de Escocia y Suiza, y el mas grande de Inglaterra. Una vez en el templete chino, erigido por Jorge IV, el czar tuvo la grata sorpresa de que por órden del almirantazgo, y sacada del museo de Kensington, se le presentase tripulada una barca en cuya construccion tomó parte, hace cerca de dos siglos, su antecesor Pedro el Grande, el primero de los cuatro czares que han visitado Inglaterra.

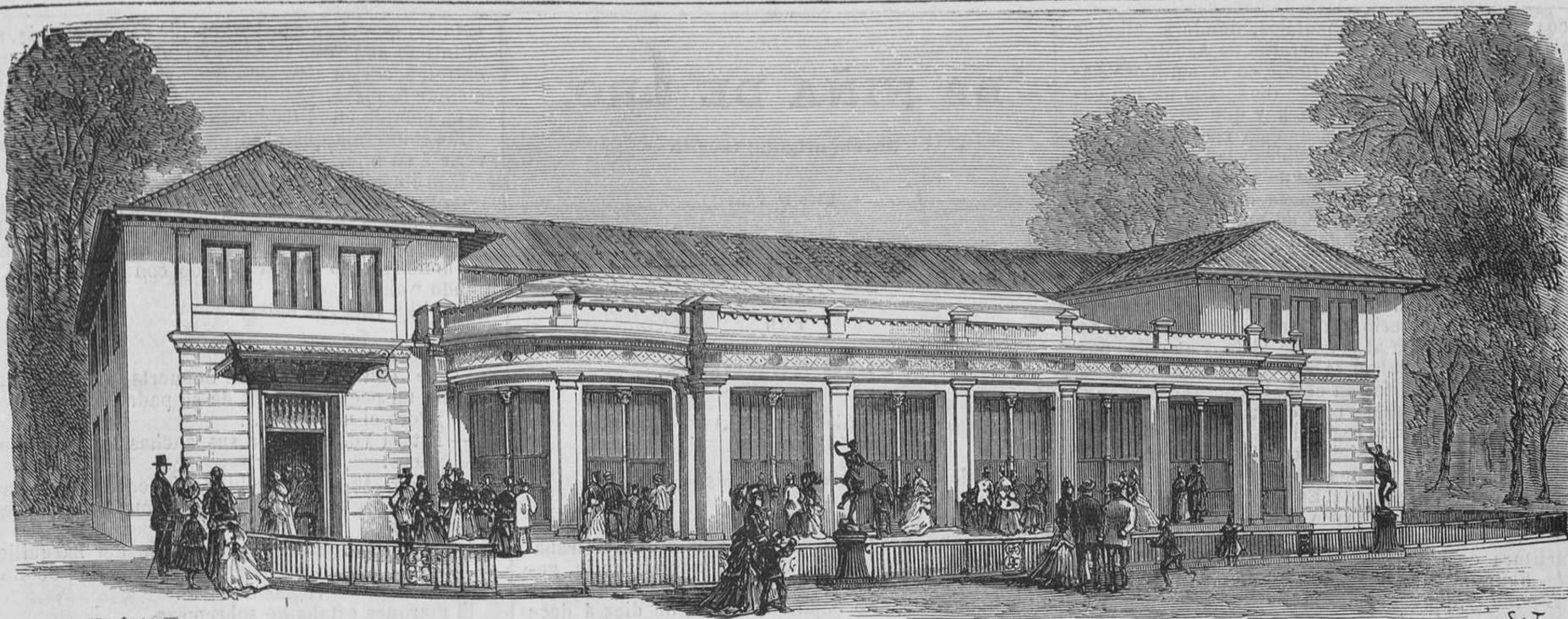
Esto hizo mas bello aun el paseo por el lago, en cuyas orillas de ese verde, que solo se encuentra durante mayo en Inglaterra, se destacan árboles gigan-



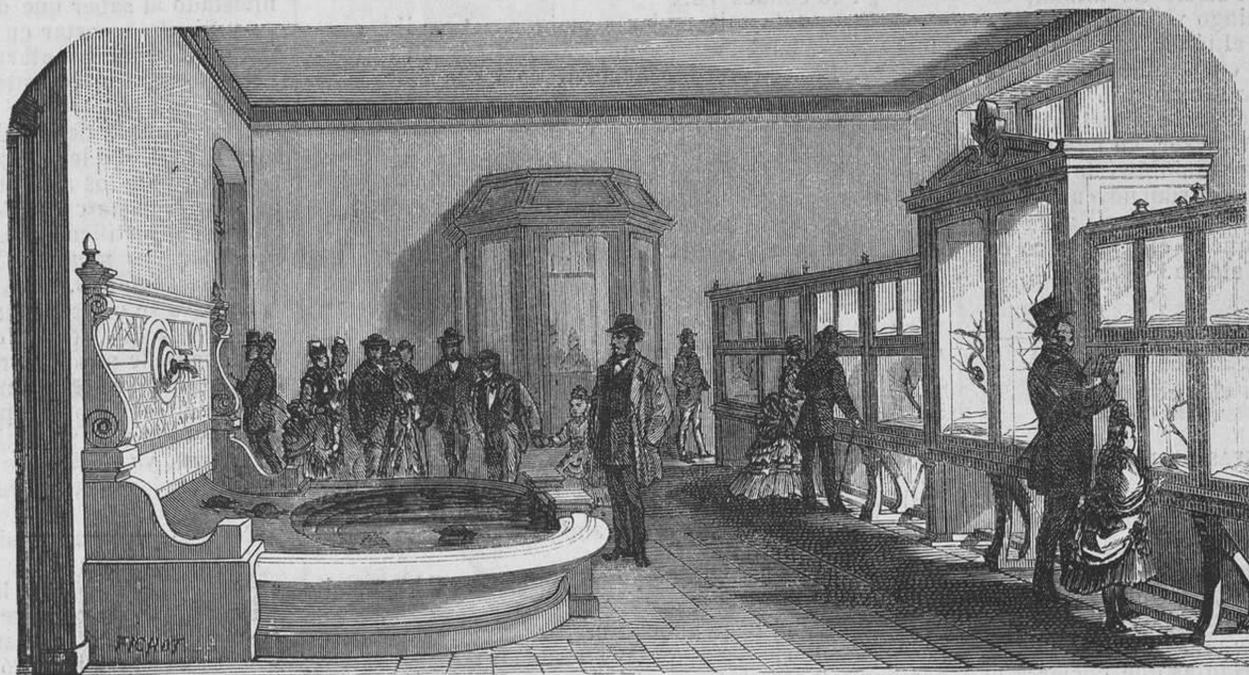
VIAJE DEL EMPERADOR DE RUSIA. — Llegada de Su Majestad á Amsterdam.



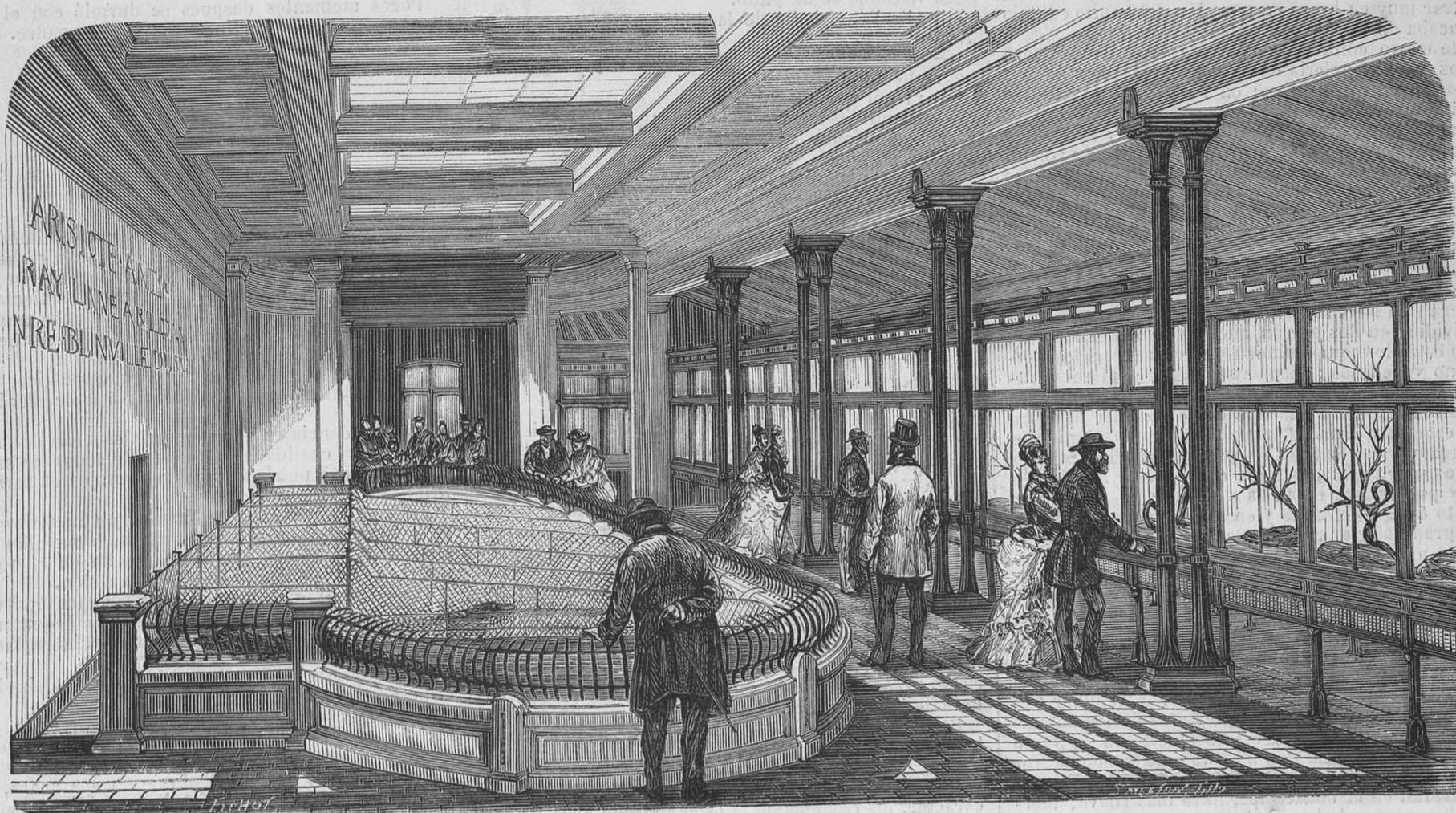
El yacht imperial saliendo de Flesinga.



NUEVAS CONSTRUCCIONES DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS. — Pabellon de los reptiles : Vista exterior.



Sala de los reptiles venenosos.



Sala de los anfibios.

tescos y mansiones monumentales, donde se alberga la aristocracia durante las carreras de Ascott.

De vuelta al palacio, tuvo lugar en la suntuosa galería de San Jorge el banquete de Estado de 140 cubiertos. Fuera de Rusia, nada hay que se asemeje á la esplendidez de una fiesta de esta clase. Las salas están llenas de cuadros admirables y la dilatada mesa real de la vajilla de oro y plata de la corona de Inglaterra, muchas de cuyas piezas se deben al cincel de Benvenuto Cellini, y todas son de una riqueza portentosa. Los trajes escoceses de los criados especiales de la reina, sus *geomens*, sus músicos con trajes é instrumentos los mas pintorescos, la guardia interior del palacio, todo lleva el sello de la tradicion y de la grandeza de un gran imperio. La reina tenia á su derecha al czar, á su izquierda al príncipe Alejo, y aquellos dos potentados representaban la soberania sobre mas de 200 millones de súbditos en el globo.

Estaban en el banquete mas de cuarenta príncipes y princesas de la familia real ó huéspedes de ellas, los ministros, jefes de la oposicion en el Parlamento, embajadores, magnates y damas de la corte ó celebridades del ejército y la armada. En el programa musical, que comprendia el himno ruso, la Polonesa, fragmentos de una ópera moscovita titulada *Todo por el czar*, la partitura de las célebres *Comadres de Windsor* y *Fausto*, figuraba para concluir una gran marcha titulada *España*, y que está calcada sobre nuestra marcha real, que ha ido á refugiarse al palacio de Inglaterra.

Al siguiente dia el czar pasó al palacio de Londres para recibir el cuerpo diplomático. También tuvo la visita muy cordial del conde de Paris, que con este motivo ha pasado á Inglaterra, y por la tarde asistió á la indescriptible fiesta del Palacio de Cristal, encanto de los encantos. El domingo visitó á la emperatriz Eugenia en Chislehurst, y el lunes fué el suntuoso banquete de la municipalidad en Guildhall. La histórica sala presentaba un cuadro asombroso.

Los últimos dias de la estancia del czar estaban destinados á la revista cerca de Windsor, en que formarían treinta regimientos, á las maniobras de la artillería en Wolwich, donde maniobraban noventa cañones Armstrong, y á una visita por el Támesis para dar á Alejandro II una idea de lo que es el gigantesco comercio de la metrópoli de Inglaterra. X.

La nueva galería de reptiles

EN EL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS.

Los reptiles del Jardin de Plantas de Paris van á ser trasladados á un nuevo edificio. Encerrados en una mala habitacion que amenaza desplomarse, sin medios para poderla caldear y viviendo en medio de la mayor oscuridad, no era posible que los amantes de las ciencias pudieran dedicarse á hacer ningun estudio acerca de los individuos mas importantes que encierra el Museo. Por fin, esta situacion va á tener su término, pues muy en breve las boas y las culebras de cascabel, las pitones, culebras y víboras, las iguanas del Brasil y salamandras del Japon, las ranas gigantes, tortugas de todas clases, los cocodrilos y lagartos van á entrar muy en breve en posesion del bonito edificio que acaba de construirse al lado del antiguo.

Este nuevo edificio se compone de dos pabellones unidos por una galería de hierro y piedra con anchos huecos. Esta galería tiene en su centro un saledizo con ángulos redondos.

Cuando se penetra en el edificio por la entrada que cubre una pequeña marquesina, se llega á la primera sala en donde habitarán los reptiles venenosos y las tortugas. Los primeros deben ocupar los escaparates que se hallan cerrados con cristales muy gruesos, y recibirán la luz por la parte exterior; y las segundas podrán librarse á sus tranquilos juegos en un estanque bastante grande que hay en medio de la sala, y que está alimentado por aguas corrientes. Desde esta primera sala los concurrentes pasan á una gran galería dividida en dos por un ancho paseo. Del lado del jardín están los compartimientos reservados á los reptiles no venenosos: serpientes, boas, y pitones, ranas, culebras, etc., que son mas espaciosos que los del antiguo edificio. Del lado de la muralla hay otro gran estanque dividido también en compartimientos por medio de un enrejado que recibirán los reptiles anfibios, particularmente los cocodrilos y los caimanes; y por último, en la sala situada en el extremo opuesto á la de entrada y en otro escaparate, detrás de la gran galería, serán instalados los aquariums.

Como nuestros lectores podrán observar por el dibujo que les presentamos, el edificio aparece con cierta elegancia, y las disposiciones que en él se observan están bien entendidas. Su construcción es ligera á la vista, y todo el edificio está inundado de luz. Si los concurrentes mas asiduos se muestran contentos con este cambio, y si los amantes de la zoología están satisfechos porque así podrán observar y estudiar con toda comodidad todos los movimientos de los animales expuestos, estos á su vez se felicitarán de verse trasladados á un local que no solo cuenta con mayor espacio para que se dediquen á sus juegos, sino que encontrarán en él una temperatura mas suave, merced á las estufas de loza y á otros aparatos con que cuenta este Museo. P. P.

LA NIÑA DE ORO,

Novela original inédita

ESCRITA PARA

El Correo de Ultramar,

POR

JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

— Yo le conozco, señor marqués.
— ¡Usted!
— Sí, y es posible que Vd. le haya oido nombrar. Es jóven aun, pero ha empezado muy pronto á trabajar, y en lo mejor de su edad reúne inteligencia, genio, conocimiento de los negocios, capital, trato, crédito, honradez... No bajará su renta de diez á doce mil pesos, y es tan juicioso y tan trabajador, que será sin disputa con el tiempo uno de los primeros capitalistas de España.
— ¿Cómo se llama?
— Eusebio Martínez.
— ¿Y le conoce Vd.?
— Es uno de mis mejores amigos... Ayer iba conmigo por la Castellana cuando pasaron Vds. en su caruaje... Hoy mismo me ha invitado á almorzar, y no he ido por no privarme del buen rato que con Vd. y su amable hija acabo de pasar.
— ¿Y es conocedor?...
— Tiene en Zaragoza una fábrica de harinas, y los negocios industriales le encantan.
— Me gustaria conocerle.
— Nada mas fácil; si Vd. me lo permite le presentaré á Vd.

— ¡Oh! yo iré á verle.
— De ningun modo; tengo bastante confianza con él para pedirle que me acompañe á visitar á Vd.
— En ese caso... venga Vd. con él pronto, siento gran impaciencia.
— Cuando Vd. quiera puedo traerle.
— Mucho pedir es; pero esta noche se han empezado los condes de Sopena en llevar á mi hija al baile de la duquesa de Cifuentes... yo me quedaré, y si pudiera Vd. lograr que su amigo me honrara...
— Se lo propondré...
— Pero ahora caigo... soy un egoista... ¿Vd. querrá ir al baile?
— En efecto, pero puedo muy bien venir con Martínez, presentarle á Vd., pasar un rato en tan agradable compañía y otro rato en el baile.
— Cuento con ello, dijo el marqués, frotándose las manos con la alegría del minero que descubre un filon. Hortensia interrumpió aquel diálogo presentándose adornada con una elegancia y un gusto exquisitos.
El vizconde se despidió.
— ¿Va Vd. al baile de la duquesa? le preguntó la Niña de oro.
— Sí, y desde luego me anticipo á pedir á Vd. el segundo wals.
— ¿Y por qué no el primero?
— Tengo que ser modesto á la fuerza... Además iré tarde... á primera hora volveré á ver á su papá de usted con mi amigo.

— ¿Con algun fabricante de vinos? dijo Hortensia sonriéndose.
— Con un fabricante de oro, contestó el vizconde saludando y alejándose.
— ¿Persistes en tu idea? dijo Hortensia al marqués.
— No, hija mia.
— ¿Eso quiere decir que no saldremos de Madrid?
— No; el vizconde me ha disuadido.
— Es un excelente amigo, y yo, que te hubiera obedecido, pero á disgusto, te quiero mucho mas que antes al ver lo bueno que eres para mí.

A estas palabras siguió un mimito.
El marqués pidió á su ayuda de cámara una levita, un abrigo, el sombrero y los guantes, y padre é hija salieron poco despues á visitas.
El vizconde corrió al encuentro de Eusebio, le refirió su conversacion con el padre de Hortensia, pasaron juntos por la tarde, y al anocheecer se despidieron dándose cita en el Casino para comer juntos é ir despues á casa del marqués.

La alegría que experimentó Eusebio al saber los deseos del padre de Hortensia, al ver cómo por una circunstancia inesperada que él llamaba providencial, iba á ir á su casa, lo comprenderán los lectores perfectamente con solo recordar lo que la idea de la Niña de oro le preocupaba desde que habia sabido su existencia, desde que la conocia.

Por esta causa ne se enfadó con su criado como lo hubiera hecho en otra ocasion.

El vizconde notó que Eusebio mostraba un interés vivísimo por Hortensia, y á pesar de la lealtad de su carácter, los resabios de la esfera en que vivia, le hicieron pensar que si al fin y al cabo se convertia en un hecho la idea que una broma le habia inspirado,

esto es, que si se casaba Eusebio con Hortensia, sería el íntimo amigo de la casa, y tanto por esto como por entretenerse en algo, resolvió ayudarle, si se decidia, á sitiar la plaza.

La comida en el Casino fué cordial y expansiva. Eusebio creia que al mismo tiempo que al marqués veria á su hija.

Esta ilusion se la quitó el vizconde, diciéndole:
— Yo estaré con Vd. y con el marqués una hora ú hora y media, pero como la conversacion se prolongará, los dejaré á Vds. para ir á un magnifico baile en donde tengo comprometido con Hortensia el segundo wals.

— ¿Ella va á ese baile?
— Sí.
— ¿Sola?
— No: con los condes de Sopena, amigos íntimos y hasta un poco parientes de su padre.

— ¿Pero el marqués?...
— Estará Vd. con él á sus anchas todo el tiempo que quiera.

— Mejor, se dijo Eusebio, así podré reconocer el terreno á mi gusto antes de hallarme frente á frente del enemigo.

Los dos se encaminaron á la calle del Barquillo, y el vizconde hizo al marqués la presentacion de Eusebio con todas las reglas del arte.

El marqués estaba de sobremesa. Habia comido solo, porque su hija se habia quedado en casa de los condes de Sopena.

Así lo dijo, indicando á Eusebio, que Hortensia sentia mucho no tener el gusto de conocerle aquella noche.

Lo que calló fué lo que la Niña de oro le habia manifestado al saber que debia ir á conversar con él.

— Siento no estar en casa, le dijo, porque como ese industrial va á levantarte de cascos, le haria con tu permiso un recibimiento que le quitaria las ganas de volver.

La entrevista de Eusebio y el marqués fué franca y afectuosa desde los primeros momentos.

El vizconde los abandonó á las diez, y los dos no se separaron hasta cerca de la una.

Eusebio justificó los elogios de Villafloresta. El marqués mostró á Eusebio un corazon verdaderamente angelical.

Los dos se estrecharon la mano con efusion.

— Desde hoy, le dijo el marqués, le cuento á Vd. en el número de mis mejores amigos. Es mas, deseo el concurso de su inteligencia de Vd. para quitar de mi conciencia el peso que pesa sobre ella cuando pienso en el porvenir de mis hijos. Venga Vd. á verme cuando quiera, yo le visitaré á Vd., y confio en que nuestra amistad será siempre franca, leal y agradable para entrambos.

Eusebio salió encantado de aquel hombre. Cuando el marqués se quedó solo pensó:
— ¡Oh! este hombre haria feliz á mi hija.

Eusebio fué diciéndose:
— ¡Con qué placer llamaria padre al marqués!

A la una y media llegó á su casa. El portero abrió la puerta medio durmiendo, le dió la llave y una luz, y Eusebio, tarareando porque estaba muy contento, subió la escalera, entró en su habitacion, se desnudó y se acostó dando gracias á Dios por la suerte que le habia deparado.

Pocos momentos despues se durmió con el alma llena del recuerdo de Hortensia y de su padre. Mientras tanto la jóven...

VI.

ORO, PLATA Y COBRE.

Ebria de felicidad porque su belleza, resaltando sobre el fondo esplendoroso del sarao, la alcanzaba el homenaje de admiracion del sexo masculino en general, y la envidia del sexo femenino en particular, no se acordaba de su excelente padre, y mucho menos de la persona que debian presentarle aquella noche.

Hortensia tenia el alma intacta. Aunque la comparacion no es muy poética, voy á explicar su situacion, asimilándola á la de un viajero precavido.

La Providencia se habia esmerado en ella dotándola de todas las cualidades morales y de todos los encantos físicos que pueden hacer de la mujer el mas rico tesoro de la tierra.

Era como el viajero que lleva muy guardadas unas cuantas onzas de oro en la cartera, monedillas de á cinco en el portamonedas, plata suelta en el bolsillo del chaleco y calderilla en el del pantalon.

Las onzas eran el alma en Hortensia, las monedillas de á cinco el talento, la plata suelta la coqueteria, y la calderilla las frases hechas, en una palabra, las vulgaridades necesarias.

Su posicion y su belleza le habian economizado en el mundo los gastos de viaje.

El cobre y la plata eran su moneda corriente, y estos dos metales le bastaban para seguir una senda de flores.

Diré en honor de la verdad que no era avara, y de cuando en cuando disponia de las monedillas, pero las onzas formaban su tesoro, ni aun para recrearse en ellas las buscaba.

Lucir un traje ó un adorno, ponerse una joya, ha-

cer una visita, pasear en carretela por la Castellana, ocupar su palco en el Real, no perder un solo sarao, no faltar á ninguna solemnidad de cualquier género, oír galanterías, conocer las historias de la crónica mundana y llevar á cabo, superficialmente alguna intriguilla social, hé aqui su vida exterior.

En la intimidad, querer mucho á su padre y defender á su hermano cuando por sus calaveradas se hacia acreedor á castigos; pero querer y defender por costumbre, con un sentimiento perezoso, hé aqui todos los movimientos de su alma.

Le faltaba el amor de una madre.

Era flor trasplantada, flor que necesita su tierra propia, su cielo natural para embalsamar el aire. Lejos de su patria encanta, pero no conmueve, deslumbra los ojos, pero no embriaga el alma con su perfume.

Si algun hombre lograba despertar su dormido corazon, podia sorprender en su ruido á la felicidad; pero era muy difícil despertarle.

Cuando se anunció el segundo wals, Hortensia conversaba muy animada con el secretario de la legacion belga.

El diplomático se ofreció á ser su caballero.

— Con mucho gusto, dijo la jóven levantándose de pronto... pero no... es imposible, añadió mirando su librito de *engagements* ó *compromisos*, como diriamos en español, tengo ofrecido mi segundo wals, y aqui está mi pareja.

En aquel momento se acercó á Hortensia, Villafloreda.

Sin mas explicaciones se cogió del brazo de su caballero y le guió hasta el sitio donde se bailaba.

— La traigo á Vd. noticias del marqués, dijo el vizconde.

— ¿De papá?

— Sí.

— ¿Viene Vd. ahora de casa?

— No hago mas que llegar. He tenido el gusto de presentar al marqués á mi amigo Eusebio Martinez, y allí los he dejado á los dos completamente satisfechos de haberse conocido.

— Si su amigo de Vd. le habla de industria, le embobará.

— Mi amigo ha logrado cautivar á su papá de usted, y me parece que tambien logrará la estimacion de su hija.

— Sobre todo si no me habla de empresas industriales.

— A las bellas solo se les habla de amor.

— Estará bonito un industrial galanteando á una dama... Afortunadamente no he oido á ninguno; pero debe ser vivo y variado y sobre todo original el repertorio de sus frases... Ya se ve, pueden comparar su pasion á la caldera de vapor que mueve sus máquinas, las miradas de la bella á la electricidad que en forma de telegrama le dirigen un buen pedido, puede por fin contar por gracias los latidos de su corazon, y medir por kilómetros la extension de su cariño.

— Sabia que tenia Vd. ingenio, pero ignoraba que fuese Vd. burlona.

— No lo crea Vd., vizconde.

— Ha de saber Vd., burloncilla, que Martinez es un capitalista de los mas fuertes de Madrid.

— ¿Y es jóven?

— De mi edad.

— ¡Cómo! tan jóven y ya es tan rico.

— Reune al capital un juicio...

— Eso se comprende, sin juicio, ¿cómo puede haber capital? Pero dejemos esa prosáica conversacion. Observe Vd. cómo nos mira Filomena, teme que la quite á su galan...

— ¿Y quién es ese mortal afortunado?

— ¿Desea Vd. que le regale el oido?

— ¿Soy yo, por ventura?

— Me han dicho que se casa Vd. con ella.

— Que me caso... ignoro quién se lo ha dicho á usted; pero de seguro el tal no me conoce, ó ha querido dar á Vd. una broma.

— ¿Eso quiere decir que es Vd. enemigo del matrimonio?

— Eso quiere decir que no me es permitido pensar en casarme. Precisamente ayer tarde eché un largo párrafo sobre ese delicado asunto con mi amigo Martinez.

— Noto que no sabe Vd. hablar mas que de su amigo.

— El matrimonio le trae de nuevo á mi memoria.

— ¿Será casado y se llevará mal con su mujer?

— Al contrario.

— ¿Es feliz?

— No, porque aun es soltero.

— Debi presumirlo, despues de haberme dicho usted, que es rico.

— Pues está Vd. en un error. Precisamente me decia que deseaba casarse.

— ¿Y Vd. aprobó?

— Con toda mi alma.

— Y sin embargo, asegura Vd. que es incasable.

— Sobre eso habria mucho que hablar, y aunque es conversacion que me agrada en extremo cuando se tiene la dicha de sostenerla con una jóven discreta como Vd...

— Que pierde Vd. el compás...

— Si yo estuviera en el caso de Martinez.

— ¡Vaya! logrará Vd. que me sea antipático su amigo.

Este diálogo ejecutado por el vizconde y la marquesita, y digo ejecutado, porque tiene bastante de musical, mientras bailaban.

El wals terminó y la conversacion tambien.

El sarao terminó á las cuatro, y cuando los condes de Sopena condujeron á Hortensia á su casa, el marqués dormia.

Segun su costumbre, entró la jóven á darle las buenas noches.

— ¿Te has divertido? le preguntó el marqués.

— ¡Oh! mucho.

— Pues yo, hija mia, he pasado una noche deliciosa. Mañana te hablaré. Martinez, el jóven que me ha presentado el vizconde, es de lo mas apreciable que puedes figurarte. Me ha encantado.

— Pues, señor, el tal Martinez va á ser mi pesadilla, pensó Hortensia.

Al dia siguiente, durante el almuerzo, quiso la jóven describir á su padre los detalles de la magnifica fiesta en que tanto habia brillado; pero el marqués la interrumpia á cada instante ponderando las cualidades de Martinez, su gran talento financiero, su modestia, su amabilidad, y hasta las prendas físicas que le adornaban.

— Entre todos, exclamó la jóven, me hacen Vds. desear conocer á ese portento.

— Hoy ó mañana iré á pagarle la visita, y de seguro vendrá á menudo á casa.

Al levantarse de la mesa buscó la jóven los periódicos que recibia su padre, para ver si alguno describia en la gacetilla el brillante sarao de la noche anterior.

Solo la *Época*, que tantas atenciones guarda á la sociedad de buen tono, anunciaba la fiesta: era un número atrasado.

Al lado de esta noticia habia otra que habia pasado Hortensia por alto al hojear el periódico en casa de los condes de Sopena, antes de ir al baile.

Entonces resaltó á sus ojos, á pesar de la rapidez con que los pasó por las líneas impresas, un nombre, el de Martinez.

Deciase que habia sido admitido como individuo de la Sociedad económica matritense, en atencion á sus circunstancias especiales, y muy particularmente por ser un capitalista que dedicaba su fortuna al desarrollo de la industria nacional.

Con este motivo la amable *Época* le colmaba de elogios.

Eusebio ignoraba aun que habia sido objeto de aquella señalada distincion.

— Esto parece una novela, pensó Hortensia. Decididamente ese señor Martinez va á ser mi pesadilla.

Poco despues se puso á escribir á una amiga suya, y tan distraida estaba, que al poner la fecha en la carta, en vez de poner MADRID puso MARTINEZ.

Hé aqui por qué casual y sencillo procedimiento lo-

gró Eusebio un lugar en la imaginacion de la *Nina de oro*.

En tanto que ella se veia dominada por la apacible impresion de aquel nombre que le ofrecia el encanto de lo desconocido, Eusebio estaba fuertemente impresionado por un suceso joco-serio, por una emocion inesperada.

VII.

UNA ESCENA CÓMICA.

Dije al final del anterior capitulo, que á poco de llegar á su casa se durmió en brazos de los dulces recuerdos de aquel dia.

A cosa de las ocho de la mañana se despertó, y olvidándose de que carecia de doméstico, tiró del cordón de la campanilla.

Instantáneamente se acordó de la ausencia del fámul.

Levantándose, se dirigió en paños menores á la sala próxima á su alcoba, abrió las maderas del balcon, oyó ruido en la escalera, se acercó á la puerta, reconoció la voz del portero, y desde el ventanillo le dijo:

— Mande Vd. que suban un chocolate del café próximo.

— ¿Ha de ser ahora mismo? porque estoy limpiando el polvo.

— No... dentro de una hora.

El paseo le hizo sentir frio, y se volvió á la cama para buscar una reaccion saludable bajo el suave peso del caliente edredon.

— Pues, señor, pensó, así no puedo estar... necesito un criado, y lo primero que hoy voy á hacer va á ser proporcionármelo.

No dejó de arrepentirse por haber despedido á Juan antes de haberle hallado sustituto, formuló algunas acusaciones contra el muy tunante para justificar su violenta resolucion del dia anterior, y satisfecho con este desahogo, elevó su pensamiento á otras regiones.

Su felicidad era inmensa al recordar la excelente acogida que el marqués le habia dispensado, y se aumentaba al apreciar las bellas cualidades de aquel aristócrata con quien las ideas y las aspiraciones le identificaban por completo.

— Ya soy su amigo, se decia; ya puedo ir á su casa... es casi seguro que me confiará la direccion de los negocios industriales que desea emprender, que asociemos nuestros capitales. Esto me proporcionará continuas ocasiones de ver á su hija, de tratarla, y si es tan buena como bella... si consigo despertar en su alma el afecto que su vista solo ha logrado inspirarme, ¡oh! entonces, yo demostraré á Serafin que conozco mejor que él la ciencia de la vida. A un tiempo alcanzare lo que mi corazon necesita, lo que reclaman las necesidades de la vida, y lo que de mi rige la noble ambicion que me alienta. Ricos los dos, amantes los dos, sumaremos y sumar es la gran operacion del mundo. Entre tanto Serafin restará, pero aunque es un iluso, aqui estoy yo y acudiré en su auxilio. La felicidad que me sonrie no es comparable á nada.

A esta altura se hallaba en su callado discurso cuando sonó un capanillazo.

— Será el mozo que traerá el chocolate, se dijo.

Y saltando de la cama, fué al recibimiento, abrió la puerta sin mirar, y se volvió á su cuarto despues de decir:

— Deje Vd. el servicio en el comedor.

— Soy yo, señor Martinez, soy yo, dijo una señora de mas de cincuenta años, baja, rechoncha y tan obesa, que entre silaba y silaba lanzaba un resoplido.

— ¡Doña Gala! exclamó Eusebio reconociendo en la voz á la individua.

Entró en su alcoba, y en voz alta añadió:

— Pase Vd., señora, pase Vd. á la sala... estoy solo, créi que era el mozo del café... voy á vestirme y salgó en seguida.

— No se apure Vd., amigo mio, yo soy de casa... Por otra parte necesito tomar aliento, he subido la escalera tan de prisa que me ahogo y me... No le habria pasado lo mismo á mi Inés... es tan lista y tan... de dos en dos sube los escalones... A propósito, no sabe que he venido... pero ya le contare á Vd., tenemos que hablar largo y tendido.

(Se continuará).

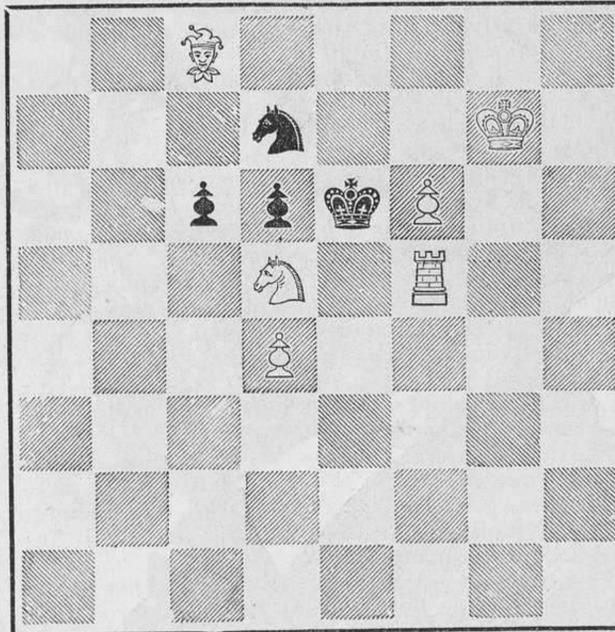
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 400.

- 1 C 2ª AR R 5ª ARª
- 2 A 8ª CR jaque R 5ª Rª ó toma P
- 3 Rª 4ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 401.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

PARIS.

Tipografia de J. Best, 15, rue des Missions.

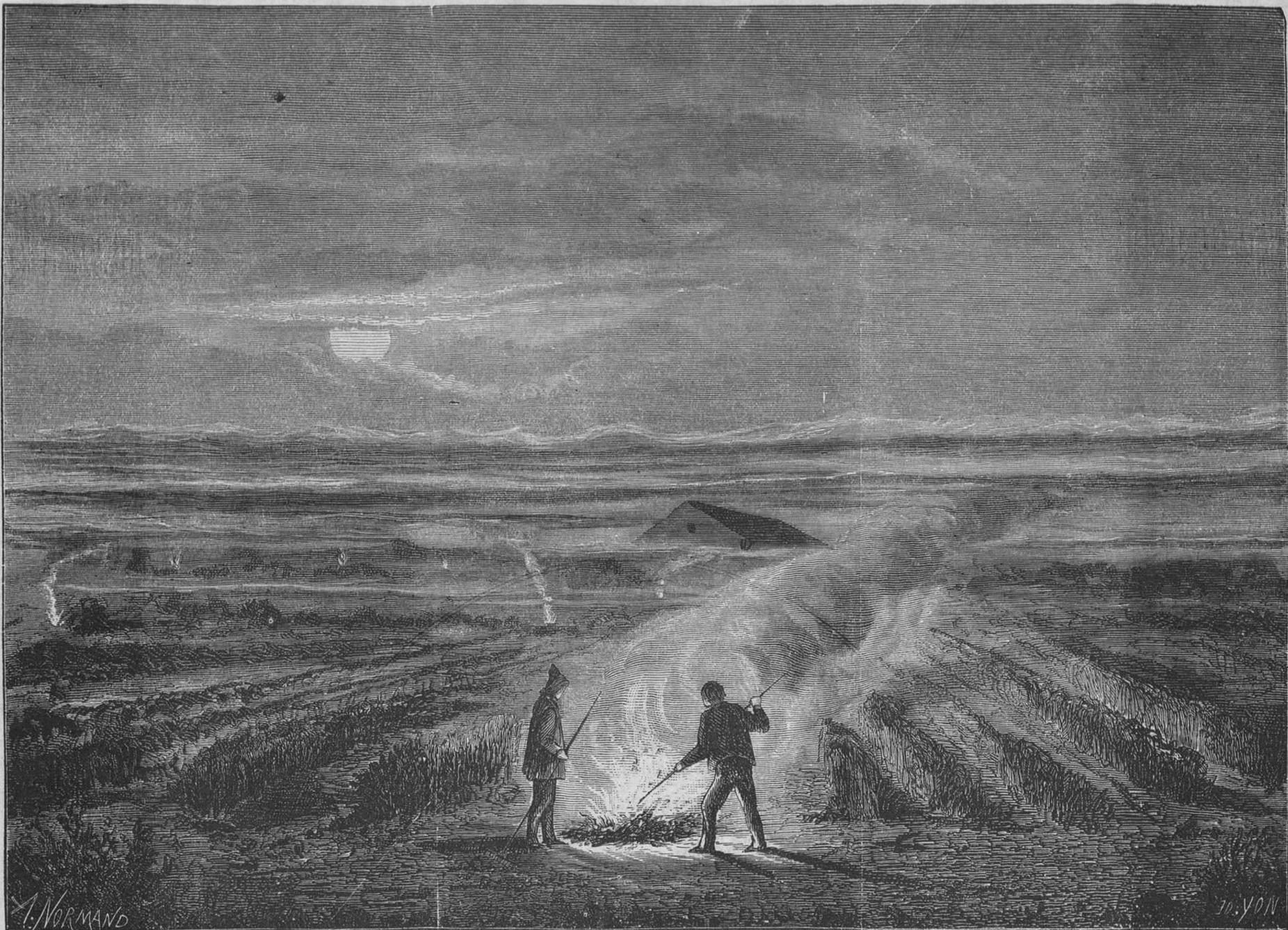
Medio de preservar las viñas

DE LOS EFECTOS DE LAS HELADAS.

Ya saben nuestros lectores que la escarcha es el resultado de la condensacion de los vapores que contiene la atmósfera, y que se deposita sobre la superficie ó sobre las plantas.

Este fenómeno se produce generalmente durante las noches de primavera, cuando el cielo está despejado. Entonces, por efecto de la radiacion del calor de las plantas, se esparce por la atmósfera y experimentan un enfriamiento tal que se transforma en hielo el vapor de agua que se deposita sobre ellas; ó como se dice vulgarmente, quema la planta.

Cuando el cielo está cubierto, este peligro no existe.



Procedimiento empleado en los viñedos de Burdeos para preservar á las viñas de las heladas.

Como la diferencia de temperatura que hay en este caso entre las nubes y el suelo es muy pequeña, la radiación es poco sensible, y por consiguiente la temperatura terrestre no disminuye casi nada.

Las nubes son, permítasenos la expresión, una especie de pantalla natural que se opone á que las plantas pierdan su calor. Era pues preciso que los labradores crearan objetos que sustituyeran á las nubes, y aunque en la actualidad se sirven de esteras, telas, planchas, etc., para resguardar los árboles y plantas, no es posible seguir este mismo sistema para abrigar la viña. Hoy se ha inventado un medio, como verán nuestros lectores en el dibujo que acompañamos, que consiste en quemar alrededor de la plantación que se desea proteger aceites minerales. De este modo se forma sobre la viña una especie de atmósfera de humo que sustituye á las nubes, impidiendo de este modo que la escarcha sea perjudicial á las viñas.

No creemos, sin embargo, que esta operación sea tan eficaz como se supone, ni que pueda realizarse con la conveniente oportunidad.

P. P.

M. Gleyre.

Como nos falta espacio para que podamos estudiar aquí todas las obras del simpático talento del pintor-poeta, como le llamaban sus contemporáneos y admiradores, habremos de ser muy lacónicos en su biografía.

Gabriel Carlos Gleyre nació



M. GLEYRE.

en Chevilly, Suiza, á últimos de 1807; fué discípulo de Hersoul, y tomó parte en las exposiciones públicas, aun después de su regreso de un viaje que hizo en Italia y en Oriente, es decir, en 1840. Entonces tenía treinta años, y su *San Juan bajo la inspiración de la visión apocalíptica*, fué el primer cuadro que le valió una justa celebridad; en 1843 expuso *la Noche*, que se puede admirar en el museo del Luxemburgo; en 1846 *los Apóstoles predicando el Evangelio*; y en 1849 *el Baile de las Bacantes*.

Este cuadro era el último que debía figurar en las exposiciones públicas, porque Gleyre, ofendido de la injusta severidad con que había sido tratada una de sus obras por el jurado, hasta rehusó enviar nada á la Exposición universal de 1855. No dejó por esto de trabajar, pues desde entonces pintó *el Eco*, que fué comprado por el gobierno ruso; *las Pentecostés*, encargado por la iglesia de Santa Margarita; y *la Muerte del Mayor Dawell*, que se halla en Suiza.

Cuando murió, los amigos que llevaron su cadáver al taller vieron sobre su caballete el admirable bosquejo de un cuadro que preparaba aquella misma mañana: era Eva y Adán, que revelaban la inocencia, la felicidad y una hermosura sobrenatural; estaban de pie y enlazados, en medio de un alegre y sublime paraíso, rodeado de montañas.

Al visitar la magnífica exposición dedicada á los Alsacianos y Lorenos fué cuando Gleyre cayó muerto delante de un cuadro de Greuze. Gleyre dió siempre pruebas de una gran honradez, dejando al mismo tiempo los mas gratos recuerdos como artista.

X.